

Crónica de ambos Mundos.

REUISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO II.

JUEVES 25 DE JULIO DE 1861.

NÚM. 14.

SUMARIO.

Crónica general.— *Plan general de una granja y ventajas de que se establezca en ella la familia*, por D. Miguel Lopez, Martinez.— *La Real Academia inglesa de pintores, y la exposicion de 1861*, por D. J. S. Bazán.— *Los campesinos.*— *Discurso de Lincoln.*— *El Bálsamo de las penas*, por doña Angela Grasi.— *Revista de Madrid.*

CRÓNICA GENERAL.

I.

Las conspiraciones de Andalucía y las consecuencias de la rebelion de Loja, continúan siendo el asunto que atrae preferentemente la pública atencion.

De las indicaciones que se desprendian de las causas que se han formado contra los compañeros del albéitar Perez, han resultado curiosos descubrimientos, y la evidencia de que, así en Antequera como en Villanueva del Trabuco, en Comares y en las mismas capitales de Granada y Málaga, se urdian tramas encaminadas á producir con el tiempo consecuencias análogas á los sucesos de Loja.

En aquellas dos provincias se estaba haciendo una propaganda socialista y protestante tan activa, que amenazaba ocasionar un desbordamiento de las malas pasiones, y una gran rebelion que hubiera costado mucho tiempo y mucha sangre reprimir.

Cerca de un millar de personas han sido encarceladas con tal motivo, y todos los hilos de las conspiraciones parciales que parece que obedecian á un centro comun, están ya en manos de los tribunales.

Las comisiones militares establecidas en Loja, funcionan aplicando severamente la ley á los insurrectos. Varios han sido ya condenados á cadena y á prision, y algunos á muerte; doloroso extremo, por mas que sea legal y necesario.

La situacion de la prensa, harto calamitosa, por desgracia, nos impide entrar acerca de esos sucesos en otros pormenores y en otras apreciaciones que pudieran costarnos alguna recogida cuando menos. Por esperiencia sabemos que no pueden tocarse ciertas cuestiones, y por lo mismo callamos, reservando á la historia, ya que segun parece eso es lo que se pretende, hablar de esos acontecimientos, y emitir sobre ellos y sobre el gobierno el juicio crítico correspondiente.

Esa situacion es tal, que los diarios oposicionistas no saben qué hablar ni de qué ocuparse para no experimentar tropiezos. De algun tiempo á esta parte, no se pasa dia sin que sean recogidos varios periódicos,

denunciados otros y penado alguno con las multas que la ley marca por el tribunal de jueces encargados de juzgar los delitos de imprenta.

No es esto, si bien se considera, mas que una consecuencia del sistema de represion que parece que se ha propuesto seguir el gobierno. Las célebres circulares de que tanto se ha hablado, señalaban la prensa como una de las causas determinantes de ciertos acontecimientos, y como el principal medio de propagacion de ideas determinadas, y es natural que cuando se trata de poner coto á esa misma propaganda, se comience por perseguir á aquellos á quienes con mas ó menos razon se atribuye complicidad en esa misma propaganda.

No creemos que hubiera habido necesidad de desarrollar tanta energía, cuando la rebelion de Loja ha sido sofocada y descubiertas las ramificaciones de las tramas que en aquellos otros pueblos se urdian. Habiendo pasado el peligro, y siendo evidente que la gran mayoría del país no opina como los protestantes-socialistas de Andalucía, opinamos que no habia precision de esforzarse por precaver la reproduccion de unos sucesos que es probable que no se hubieran repetido jamás.

Lo que está sucediendo con el viaje de SS. MM., basta á demostrarlo. En todos los pueblos que han atravesado para llegar á Santander, se les han hecho unánimes y entusiastas manifestaciones de adhesion: en todas partes se ha puesto en evidencia cuán arraigado se halla el sentimiento monárquico y con él el de las instituciones que nos rigen.

Una parte muy considerable de España, ha protestado de esa manera contra lo que en Andalucía pasa; y no hay sino motivos para suponer que todas las demás provincias participan del modo de pensar de aquellas que han recorrido SS. MM.

Habrà, y eso es lógico y natural, disgusto contra los actos del gobierno; pero ese disgusto no vá mas allá ni se alza hasta las instituciones que todos acatan y veneran, y á cuya sombra y bajo el régimen de gobiernos que procuren dar verdadera satisfaccion á las aspiraciones legítimas, nos esperan tantos dias de gloria y de paz.

Entre las cuestiones que estos dias se han agitado, se halla una que merece llamar muy especialmente la atencion, y de la cual nos hemos ocupado cuando aun no se agitaba en la prensa.

Nos referimos á ciertas medidas que se anuncian contra los catedráticos que vierten en las universidades doctrinas contrarias á las instituciones.

Hace mucho tiempo que se venia notando la conveniencia de poner término á los incalificables abusos que bajo ese punto se cometian por catedráticos que olvidaban sus deberes ante la pasion política. Con el afan que aquí hay, por desgracia, de no hacer alto sino en los asuntos de la política palpitante, no se habia generalmente parado la atencion en ese trabajo de zapa que con la mayor constancia y la mas dañada intencion se estaba haciendo contra las instituciones que felizmente nos gobiernan.

El mal habia llegado, sin embargo, á ser tan grave, que se habia desnaturalizado el carácter de la enseñanza en casi todas las universidades. Muchos catedráticos, abusando de su mision, procuraban mas bien enseñar y explicar sus opiniones particulares que la ciencia, y llevaban su ofuscacion hasta el punto de *imponer* á sus discípulos sus doctrinas. y hacer alarde de la mayor intransigencia, aplicando las penas académicas que las leyes fijan para la desapplicacion á la ignorancia, á los que no se doblegaban á profesar las mismas ideas que ellos, por mucha que fuera su aplicacion y por muchos que fueran sus conocimientos.

Esto por sí solo envuelve el mas terrible de los ataques que pudieran hacerse contra la ciencia; porque componiéndose ésta de todas las opiniones y de todas las doctrinas, siendo su conjunto eliminar de su enseñanza un órden determinado de principios, equivalia á despojarla de parte de sus especulaciones y á limitar el campo en cuya anchura encuentra el perfeccionamiento.

Pero si se tiene en cuenta que esas eliminaciones pesaban siempre sobre las ideas y doctrinas que mas en armonía se hallan con las instituciones vigentes, que esos principios que se *imponian* á los discípulos eran diametralmente opuestos á esas mismas instituciones, es fácil formar una idea exacta de toda la monstruosidad de un proceder semejante y de todo lo indísculpable que es en la nacion y en el gobierno haberlo tolerado.

Hechos recientes, *reprobaciones* injustísimas fulminadas en la universidad central contra alumnos de acreditada capacidad y sólidos conocimientos, por el solo hecho de profesar y sostener ideas contrarias á las de los catedráticos que los examinaban, han atraído la atencion sobre esos sucesos, y lo que antes pasaba desapercibido es ya una de las cuestiones que se hallan sobre el tapete, y á la cual deberia dar el gobierno pronta, enérgica y satisfactoria resolucion.

Que es necesario poner coto á semejantes abusos, que hace falta en bien de la justicia y de la ciencia evitar esos castigos arbitrarios y esas eliminaciones de ideas, que no puede ni debe consentirse que estén convertidas las universidades en otros tantos focos de propaganda en contra de las instituciones, es ya una cosa corriente y por todos admitida.

Todos creen que hace falta el remedio, y todos reconocen que debe estirparse el abuso allí donde exista, pero no inducirlo por las opiniones particulares de los profesores.

El catedrático que olvidando su mision convierte su cátedra en una escuela de principios políticos determinados, que obliga á sus discípulos á profesarlos y que castiga á los que no se prestan á ello con la misma pena que á los ignorantes, es merecedor de toda censura y digno de una enérgica represion. El que cualesquiera que sean sus opiniones hace abstraccion de ellas, se limita á enseñar la *ciencia*, sin despojarla de ninguna de sus especulaciones, respeta las instituciones y no busca en sus discípulos mas que la aplicacion, ni condena otra cosa que la ignorancia, y lejos de considerar como un enemigo, como un herege, al que aplicando el *nemo jurare in verva magistri* tiene en uso de su libertad de pensar y de sus imprescriptibles derechos de ente dotado de razon, capaz de discernir, ideas diversas á las suyas, lo juzga tal cual es, sin *obligarlo* á que varie de modo de pensar, ni *reprobarlo* porque opina de distinto modo, es merecedor de la confianza pública, cumple con sus deberes, llena su mision, y del mismo modo que el hace abstraccion de sus ideas particulares debe hacerlas la sociedad tambien y conservarlo al frente de la enseñanza.

Si el gobierno estuviera dispuesto á obrar en justicia, adoptaria dentro de este círculo y con arreglo á estas bases, las medidas oportunas para atajar aquel abuso. Pero como segun parece, no piensa hacerlo así, como dejándose llevar de la pasion política y de las exigencias que cree que hacen las circunstancias del momento, trata de tomar medidas que no van encaminadas á curar el mal, ni aun á aliviarlo, nos creemos en el caso de llamarle sobre ello la atencion y escitarlo á que medite lo que se propone, para evitar la aplicacion de un remedio que no estirpa el abuso y aumenta el catálogo de las inconveniencias.

«Es necesario poner coto, dice, en vista de los sucesos de Loja y de las conspiraciones de Antequera y Comares, á la propaganda democrática; luego, privemos de sus cátedras á los profesores demócratas y progresistas, ó impidámosles al menos que influyan en la enseñanza.»

Pero el mal no está ahí precisamente. Quienes *abusan* no son los catedráticos liberales, sino los *absolutistas* y los *ultramontanos* que constituyen la gran mayoría de los de nuestras universidades é institutos. Al paso que aquellos despliegan la mayor tolerancia con los que no opinan como ellos, y cuidan muy especialmente de no eliminar de la ciencia los principios contrarios á sus convicciones y de no obligar á nadie á admitir sus doctrinas, los absolutistas y los ultramontanos hacen alarde de la mas ciega intransigencia y del mas repugnante fanatismo. En sus cátedras están severamente proscriptas todas las ideas liberales, todos los adelantos modernos de la ciencia; allí no son lícitas otras doctrinas que las absolutistas y las ultramontanas; no se pone empeño en *enseñar* á los discípulos, sino en hacerlos enemigos de la libertad, de la civilizacion y de las instituciones políticas que nos gobiernan; se les *obliga* á ser absolutistas y ultramontanos, y el que no

se doblega á ello, el que no admite aquella imposición arbitraria é injusta, el que dá á entender si quiera que no opina como el profesor, es tachado de *herege*, tratado con el mayor rigor y castigado en los exámenes y ejercicios de grados con la misma pena que los desaplicados y los ignorantes; se le *re-prueba*, por mucha que sea su aplicación y su ciencia.

Allí es donde está el abuso, y donde debiera corregirse por lo tanto. No debiera tratarse de impedir que estén enseñando los que tienen ideas determinadas, sino los que abusan imponiéndolas. Tan buen catedrático puede ser el partidario del sistema constitucional, como el absolutista y como el demócrata; lo que hay que impedir es el abuso, no que los catedráticos opinen *particularmente* de un modo determinado.

La experiencia ha demostrado que precisamente los que *abusan* son los absolutistas, y que los liberales comprenden y desempeñan dignamente su misión; y sin embargo, se trata de proceder contra estos y de dejar á aquellos que se desatan á sus anchas y á mansalva en toda clase de inculpaciones y de ataques contra la Constitución y contra las regalías de la corona, contra la civilización y contra el progreso, esa ley de la humanidad, de que no se puede prescindir por mas que se haga.

Aun esperamos que no sea eso así, que se comprenda todo lo inconveniente de semejante proceder, y que en vez de esa se adopten otras resoluciones encaminadas á cortar el abuso y á dar satisfacción á las legítimas exigencias de la justicia, de la ciencia y del sistema político bajo el cual vivimos.

II.

Decíamos en nuestro último artículo que la política dormía, narcotizada en cierto modo por el calor que obliga á los grandes personajes á abandonar las capitales para trasladarse á los baños, diseminándose así y haciendo palidecer el animado aspecto que ordinariamente presentan las cortes de los monarcas entre cuyas manos parece hallarse hoy la suerte de Europa. Puede decirse que la situación no ha cambiado apenas, pues ningún acontecimiento marcado ha venido aun á darla un color mas acentuado. La calma reina, y el barco, inmóvil sobre las aguas, se bambolea á veces, sin que pueda llegar á adivinarse la causa.

Napoleon III continúa en Vichy, á cuyo punto ha llegado últimamente Mr. de Morny. El general Fleury, cuyo viaje dijimos habia sido diferido por unos días, fué ya á Turín, y puso en manos de Victor Manuel la carta del emperador de los franceses. No se sabe á punto fijo cuál es el contenido de esta carta, á más de anunciar el reconocimiento; pero el rey de Italia ha manifestado una gran satisfacción después de haberla leído. Esto, hasta cierto punto, es significativo, si se atiende á que el rey *galantuhomo* no es de esos diplomáticos que saben disimularlo todo para engañar á los demás. La noble franqueza de su carácter se opone á cuanto se diga en apoyo de una opinión contraria, y á nosotros, sin afirmarlo, sin em-

bargo, nos parece que no iremos descaminados al creer que en efecto Napoleon dá buenas esperanzas á su compañero de armas durante la última guerra.

Los periódicos publican el texto de una circular que Mr. Ricasoli ha dirigido á los agentes del gobierno italiano en el extranjero, con motivo de haber sido votada la ley que autoriza el empréstito de quinientos millones. Esta votación, dice el ministro, es un nuevo testimonio de la unidad de miras que reina entre el pueblo y el ministerio. El gobierno emplea todos los medios posibles para llevar á cabo la organización del país y la consolidación de su independencia. Pero tratará de no provocar nunca una crisis que pueda ser motivo para que se turbe la paz en Europa, y venga por esto mismo á poner en peligro la causa de la Italia.

Como se vé, este documento viene á confirmar la opinión que dejamos sentada en uno de nuestros artículos anteriores, y no nos equivocábamos al decir que Ricasoli continuaria la hábil y prudente política del conde de Cavour.

Algunas cartas de Turín hablan también de ciertas combinaciones que se ponían en planta para lograr que la cartera de Marina pasase de las manos del general Menabrea á las del almirante Persano.

De todas partes recibimos detalles espantosos sobre los escesos á que se entregan las bandas llamadas borbónicas, cuyas proezas insertan con la mayor satisfacción los periódicos legitimistas. Las primeras medidas militares tomadas por el general Cialdini, han dado por resultado poner en aprieto á los insurrectos. Por su parte, el general Pinelli, maniobra acertadamente para cercarlos por todas partes, hasta obligarlos á entregarse, una vez reducidos al último extremo. Al mismo tiempo, dos cuerpos de ejército, situado el uno en la frontera Sur, y el otro en la frontera Norte de los dominios pontificios, vigilan las bandas armadas y equipadas en Roma por el comité borbónico.

Por otra parte, la generosidad caballeresca del general Cialdini le servirá tanto como su valor mismo, para llevar á cabo la pacificación confiada á su patriotismo y á su tacto.

La moderación de las instrucciones que el gabinete de Turín ha comunicado al gobernador de Nápoles, contesta de una manera mas convincente que todos los argumentos á las terribles acusaciones de crueldad y represión formuladas por los periódicos ultramontanos.

Creemos, pues, que el gobierno de Victor Manuel, á pesar de cuanto en su contra puedan decir los reaccionarios, camina á pasos ajigantados hacia el fin que se ha propuesto, y nos parece que no hemos de tardar mucho tiempo en ver el reino de Italia pacificado, organizado y caminando unido todo como un solo hombre hacia la conclusión del magnífico sueño de Carlos Alberto.

Los rumores de un *rapprochement* entre las tres potencias del Norte, y especialmente entre Rusia y Austria, circulan siempre. Esta reconciliación, es preciso confesar que se halla indicada por las cir-

cunstancias. Es una consecuencia fatal de los movimientos de Varsovia que obligaron al gobierno ruso á suspender su marcha por el camino del liberalismo, recordándole pue tenia intereses materiales que defender, y que el Austria tenia tambien en ellos una cierta parte de solidaridad. Pero no debemos exagerar la importancia de esta especie de alianza, que nacida de los acontecimientos de Varsovia, se limitará de seguro á lo que concierne á la Polonia y la posicion comun que en ella ocupan las tres potencias.

En los círculos políticos de Berlin puede decirse que casi no se habla de otra cosa sino del proyectado viaje del monarca á Chalons; y ¡cosa singular en los momentos actuales! este acontecimiento hace concebir temores á los liberales, y reanima las esperanzas de los reaccionarios.

Los despachos de Viena anuncian que ha sido nula en la bolsa la influencia del rescripto imperial.

En Pesht, la Dieta parece decidida á encerrarse en la inviolabilidad de sus derechos, y esperar.

Parece que la intencion de la Dieta húngara es probar la insuficiencia del rescripto imperial respecto á las reclamaciones de la Hungría, declarando al mismo tiempo que sus representantes no entrarán nunca en el Reichsrath.

Las medidas violentas no bastan para conseguir el objeto que el emperador se ha propuesto.

Si las armas pudieran resolver la cuestion húngara, hace muchos años que quedó resuelta, cuando dos imperios temidos de todas las naciones unieron sus ejércitos para combatir y aplastar á un pueblo valiente y noble. Ni las armas ni el cadalso vencen al valor. La paciencia y el heroismo de los húngaros han llegado á fatigar al Austria, que ya sin fuerzas, tuvo que retirarse del palenque donde entró llena de orgullo, en la seguridad de que todas las ventajas estaban de su parte, y contando, por lo tanto, con una victoria cierta. Si no pudiendo hacer uso de las armas, el emperador recurre á la tribuna, lo compadecemos, porque el resultado será el mismo.

En nuestro sentir, pues, Francisco José debería conciliarse las simpatías de la Hungría por todos los medios posibles, si quiere estar tranquilo y seguro en el interior y tener influencia en el exterior.

Las últimas noticias de Francfort nos hacen presumir que la cuestion alemano-danesa no tardará en resolverse. El árbitro impondrá sin duda recíprocas concesiones; pero al menos el peligro de un conflicto sério se ha aplazado por el momento, y la nacion comprometida á arbitrar entre las dos partes, conseguirá provisionalmente un arreglo conveniente.

El escandinavismo no ha muerto en Suecia, como se creía generalmente. Con motivo de hallarse anclado en el puerto de Stockolmo un navío danés, la clase media de la poblacion ofreció un banquete á los oficiales del buque. Durante la comida, los brindis en honor de la union escandinava se sucedieron sin interrupcion, siendo en particular objeto de la ovacion y del entusiasmo el príncipe Guillermo de Glucksbourg.

Se cree que á causa de las circunstancias políticas

el rey de Suecia ha renunciado á su proyectado viaje por Francia é Inglaterra.

Son graves las noticias que recibimos de la Herzegovina. El día siete de este mes, los insurrectos y las tropas se batieron á la vez sobre tres puntos diferentes, siendo estas completamente derrotadas, y viéndose luego perseguidas sin descanso por los vencedores. Si esto es cierto—y es difícil ponerlo en duda—Omer-Bajá vá á verse obligado á emprender una campaña regular. El Montenegro se encontrará forzosamente envuelto en el conflicto, y difícil es preveer hasta qué punto llegarán las cosas, ni qué consecuencias tendrán. Quizá las noticias posteriores reduzcan los acontecimientos á menos serias proporciones. Por lo tanto, nada nos atrevemos entretanto á afirmar.

Mientras el telégrafo de Constantinopla nos anuncia nuevas reformas de Abdul-Azis, diciéndonos que Aali-Bajá habia escrito á Mr. de Lavalette declarando que era provisional el nombramiento de Naucik-Bajá, *La Presse* recibe noticias de su corresponsal de Beyrouth, por las cuales se vé palpablemente, que á pesar de las bellas frases de Fuad-Bajá, en Siria, se mira el advenimiento del nuevo sultan al trono, como el triunfo del fanatismo musulman. Las autoridades turcas se contentan, como siempre, con figurar un castigo aparente para los mayores insultos que se dirijen á los cristianos. Los mas graves se castigan con una represion.

Esto viene á confirmar las previsiones que dejamos sentadas en nuestro artículo anterior, y nos hace recomendar de nuevo á la Europa que vijile mas y mas sobre los intereses y las vidas de los cristianos de Oriente.

En Varsovia ha tenido lugar la instalacion de las secciones unidas del Consejo de Estado, lo cual, como puede comprenderse, no satisface en manera alguna á los poloneses. El general Suckozanett, al terminar su segundo discurso, dijo: «El porvenir del reino de Polonia está en manos de los mismos poloneses.»—Palabras con las cuales estamos conformes.

Los últimos despachos de New-York anuncian una derrota de los separatistas. Atacados en su campamento de Rich-Mountain por el general Mac-Lelland, tuvieron que abandonarle, dejando en manos de los unionistas su artillería y sus bagages. El general citado, continuaba avanzando.

Acabamos de hacer una pequeña reseña de todas las noticias que hemos podido reunir, y no decimos nada de Inglaterra, porque solo nos traen los periódicos la nueva del discurso pronunciado por lord Jonh Russel al despedirse de los electores de la Cité de Londres. Su estension no nos permite analizarlo.

En Roma continúa la agitacion, y no creemos andar desacertados en pronosticar que no concluirá la próxima quincena sin ocurrir algun acontecimiento que venga á demostrar la verdad de nuestras previsiones y á probar que efectivamente la política, aunque dormida, no se halla muerta.

Seguimos creyendo inminente la guerra.

Cronica en trancu

G.

PLAN GENERAL DE UNA GRANJA

Y

VENTAJAS DE QUE SE ESTABLEZCA EN ELLA LA FAMILIA.

En los artículos que publiqué en esta CRÓNICA al fin del año anterior sobre arquitectura rural, traté de la casa del propietario, en sus relaciones con la producción, para estimular á los labradores á vivir en medio de sus haciendas; expondré en éste cual es la mejor disposición de las varias dependencias que constituyen la *Granja*, indicando, con la posible concisión, algunas consideraciones que aconsejan que se establezca en ella la familia del propietario. (1)

En tanto que la familia habite en la villa, la residencia del propietario en el campo no puede menos de ser excepcional é interina: solo se fijará definitivamente cuando le sigan su mujer y sus hijos; solo será su vigilancia permanente cuando, al necesitar su cuerpo un instante de reposo, se vea rodeado de todas las personas que son objeto especial de su cariño.

La casa de labor no es la granja: con la casa de labor se poblarían no más á medias nuestros desiertos campos: solo las artes rurales, que enjendran el comercio, pueden llenarlos de animación y alegría, (2) y las artes rurales no se crean y sostienen sin la activa y minuciosa colaboración de todos los individuos de la familia. Uno fabrica el queso, otro cuida las gallinas, otro adiestra el caballo, éste canta en el valle, recorre aquél los cerros con la escopeta, juega el chico, grita el guarda, y todo este conjunto de escenas, de ruido y movimiento, es lo que añade encantos y atractivos á la utilidad de la vida campestre.

De dos órdenes son los bienes nacidos de la creación de la *Granja*: unos son económicos, y otros morales y sociales. En la imposibilidad de enumerarlos todos, citaré uno de entre los primeros: la conservación de los frutos en el punto en que se recolectan.

Esta reforma de administración rural doméstica es, á mi modo de ver, de la mayor importancia; completa, puede decirse así, la de la elaboración de ciertos artículos en la granja. Muy útil es trillar en ella las mieses, pisar la uva, moler la aceituna; pero la economía de transporte vendrá á ser escasa, si se trasladan á la villa el grano, el vino y el aceite. La única diferencia entre este sistema y el ahora seguido, sería el emplear las yuntas para el transporte en época regularmente mas holgada. Que los frutos y productos no se muevan del punto de producción ó fabricación hasta que se haga la venta, y entonces el labrador tendrá un gasto menos, puesto que el de conducción correrá por cuenta del que compre.

Piensen algunos que apartando así los frutos del merca-

(1) Los futuros adelantos de la agricultura deben esperarse de la intervención directa de las clases mas ricas é ilustradas; el pueblo ha hecho cuanto podia con sus brazos para mejorar el suelo; toca á la ciencia y al capital hacer lo que falta para conseguirlo.

(L. DE LAVERGNE)

(2) Todas las fiestas nacionales deberían celebrarse, al ser posible, en el campo, ó, por lo menos, tener cierto carácter agrícola. —Mientras las polizas del gañán que en oscuridad junto á la levita del empleado, ha dicho un cronista del «Concurso de Vannes», no hay que esperar que la población se desparrame cual debiera. La familia aldeana compara sus solitarias fiestas, para las cuales nunca hay subvenciones oficiales, con las esplendorosas de las ciudades, y, sin pensar en lo que arruinan y pervierten, envidian aquellos teatros, aquellos bailes, aquellos banquetes, aquellas iluminaciones, todo aquel bienestar aparente, que suele ocultar tanta miseria.

do se dificultarían las transacciones. Es un error. Que haya buena fé, que los ajustes se hagan en vista de las muestras, que es lo que en el mercado hace falta, que el vendedor rebaje la cantidad que representa la economía del transporte, y téngase por seguro que hasta convendrá al comprador cargar fuera del punto en que se hace el ajuste.

Forzoso es convenir en que tales reformas ni se plantean de improviso, ni basta para llevarlas á cabo la voluntad aislada de los ciudadanos. (1) Por mucho que valga si es constante, siempre necesita el auxilio del poder público para desarrollar sin graves dificultades ni tropiezos los medios de acción que emplea. ¿Cuál sería el resultado de la reforma que propongo si no hubiese seguridad para el domicilio, por ejemplo, ó no existiendo las vías de comunicación indispensables? Así como la administración jamás puede sustituir en los asuntos particulares al criterio individual, nunca la acción privada puede llegar á la administración para concluir con los vicios que estan arraigados en las costumbres, ó son inherentes á cierta organización social. De la especial incumbencia del gobierno, en sus varias gerarquías, es establecer la guardería rural, y propagar la instrucción por medio de maestros ambulantes; (2) que agregue á tales medidas el ejemplo de construir los edificios públicos á cierta distancia de las poblaciones, y las familias no se agruparán como ahora por el temor y la desconfianza. Justo, por otra parte, es que los beneficios de la civilización se extiendan á los puntos de donde salen los recursos mas pingües del Estado, (3) justo es que tengan los campesinos, actualmente en España casi únicos productores, lo mismo que los que consumen, y en la proporción debida, paseos, casas de expósitos, (4) bibliote-

(1) Una familia aislada es impotente para verificar transformación semejante, pero una clase entera lo podría todo. Supongamos que una familia bien acomodada que hoy vive en la villa vaya á fijarse en el campo, y que gaste en mejorar la tierra 4,000 rs. que emplea actualmente en objetos de lujo; supongamos que en el término de cada pueblo se desparramarán solo cuatro familias; ¿cuantos millones irían á parar á los trabajadores agrícolas? He aquí el secreto del bienestar de las gentes del campo, porque aparte de los millones que en su cultivo y construcciones se gastasen, si las clases pudientes se aficionarán á vivir en medio de sus haciendas, organizarían, como ya lo venían en las grandes poblaciones, toda especie de obras pías, con objeto de aliviar la miseria y consolar las aflicciones.

(GOSSEN. Discurso sobre la industria agrícola y la manufacturera.)

(2) Puesto que la ignorancia agrícola de las clases bien acomodadas es lo que ha causado la decadencia del cultivo, el medio de que prospere es despertar en las escuelas la afición de las nuevas generaciones á las cosas del campo, y enseñarles á honrar las productivas artes rurales y á glorificar las viriles faenas que á ellas se refieren.

(El vizconde de TOUGHEVILLE.)

En todas partes se honra mas la agricultura que en España. Prusia, que tiene igual población próximamente, cuenta con cuatro «Institutos agronómicos». Uno se fundó en Eldena en 1853; otro en Proskau y otro en Poppelsdorf en 1847; y el último en Waldau en 1858. Además existen 19 granjas-modelos. El gobierno contribuye á su sostenimiento con 520,000 reales.

(3) Para aumentar la población en el campo es preciso hacer por ella alguno de los sacrificios que se cree merecen las ciudades.

Los ayuntamientos cuidan mucho de proporcionar á los ciudadanos recreo y comodidades; ¿qué tienen que agradecerles los que se esfuerzan en producir para su sostenimiento, lo mismo cuando el suelo está cubierto de nieve que cuando los rayos del sol abrasan?

(Traducción libre de LA VIDA EN EL CAMPO por un propietario de el Norte.)

(4) Los trabajos campestres ponen más que los demás en ejercicio todas las facultades del hombre, y son, por consiguiente, muy favorables al desarrollo de la inteligencia, y sobre todo, de la parte física de los jóvenes.

Ocupáanse los niños en las casas de expósitos fabricadas en las ciudades en trabajos sedentarios, y resulta que se crían enfermizos, débiles, y casi estúpidos. —Por el contrario, el que se acostumbra á manejar la azada, el arado y los demás instrumentos aratorios, tienen una musculatura más robusta, y pasan la vida menos expuesta á ciertas dolencias.

(ZUEFEL. MEMORIA SOBRE EL ASILO DE CERNAY.)

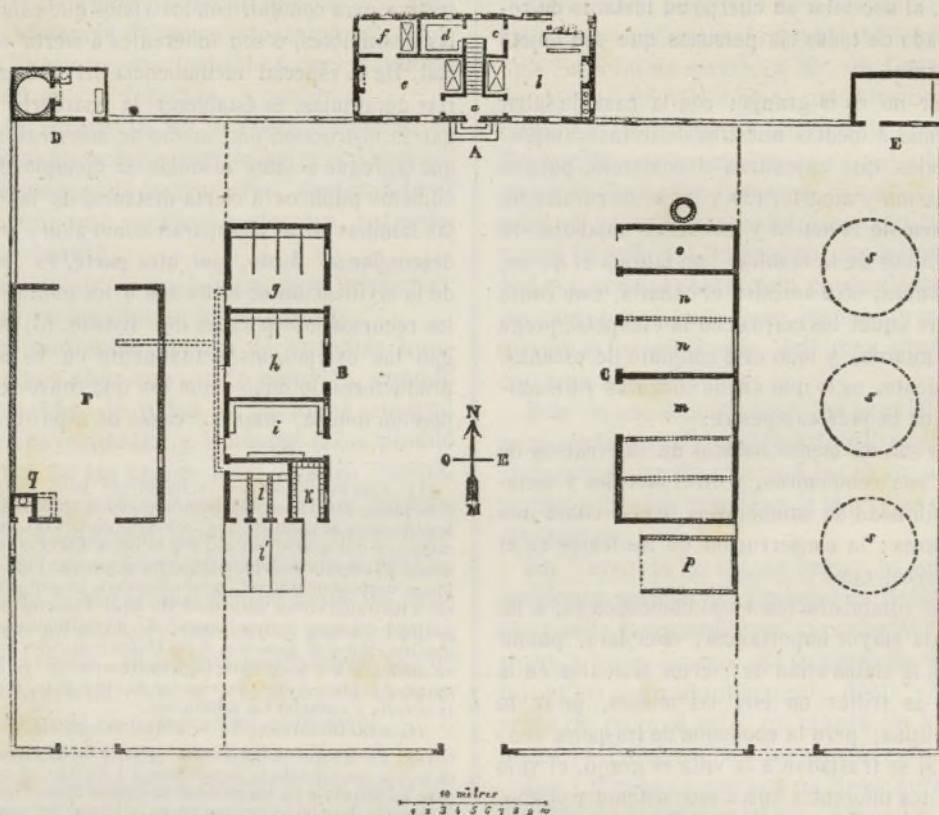
cas, (7) cuanto puede dár una sociedad bien organizada, en cambio de los sacrificios que impone á los ciudadanos.

La estancia de la familia y la elaboración y conservación de los productos rurales en las granjas, exigen un gran número de dependencias, de cuya especial construcción hablaremos en posteriores artículos. En éste so'lo indicaremos que su disposición general debe ser distinta de la acostumbrada en la mayor parte de las que poseemos.

Creíase preferible en lo antiguo reunir en un solo cuerpo de edificio todas las dependencias de la granja: el corral, las cuadras, las porqueras, el granero, la bodega, los pajares, el tinado; en la actualidad, al revés, se ha adoptado el sistema de construir separadamente los edificios destinados á objetos y labores peculiares. ¿Quién duda que es mucho mas cómodo y conveniente que no vivan confundidas y

revueltas todas las especies y razas de animales, que los operarios no se estorben mutuamente, que el dueño tenga la habitación á la distancia necesaria de los estercoleros, para no percibir sus infectas emanaciones, y de los apriscos y caballerizas para que no sea turbado el casto sosiego de sus hijos con el balido de las ovejas y con los gritos obscenos de los gañanes? Las razones de seguridad y de vigilancia son las únicas que alegan los partidarios del sistema antiguo. Mas si hay bandoleros, ¿puede ser causa suficiente para contenerlos en despoblado, el que estén incorporadas aquellas dependencias? ¿Hará perezoso al dueño la circunstancia de tener que dár algunos pasos para visitarlas?

Para que se tenga una idea del sistema de construcción que recomiendo, pongo á continuación la perspectiva y el plano de una granja moderna.



La habitación del propietario ocupa el frente; las piezas destinadas á la labor están en dos alas paralelas; el todo puede cerrarse con seto vivo ó empalizada.

A es la escalera de entrada; a el vestíbulo; b es la cocina, á uno de cuyos lados se vé un dormitorio para criada; c es una despensa y d es otra para colocar los jamones, el aceite y demás comestibles por mayor; e es un salon con alcoba y f un gabinete para niños.

Si la familia fuese numerosa, las dos despensas se convierten en dormitorios, y los comestibles se colocan en una pieza superior, á la cual se sube por la escalera que se vé empieza en el vestíbulo.

(7) En las largas veladas del invierno, una sala de lectura, bien abrigada, sería el punto de reunion para la juventud aplicada del villorio.—Las autoridades, locales visitandolas frecuentemente, contribuirían con su presencia, y hasta con el estímulo del premio á generalizar los buenos sistemas de labranza, de siembra y demás operaciones culturales. Los libros se podrían prestar á las familias de las aldeas.

(DE GALBÉAT.)

B es la entrada de la cuadra h, capaz para cuatro caballerías; g es otra cuadra para caballos, mulas ó animales enfermos; i es un granero con trojes; k el gallinero y l tres cochineras, cada una con su correspondiente descubierto. El pajar está encima.

M del ala c es una pieza para guardar los aperos de la labor y la bodega; n n dos porches ó cobertizos para los carruajes; o es donde se laba la ropa; el pozo está á la parte de afuera, p: es una balsa.

F es el corral del estiércol; q las letrinas; s s s son las hacinas de heno: si no se recolectase yerba, este espacio se puede convertir en corral de ganado.

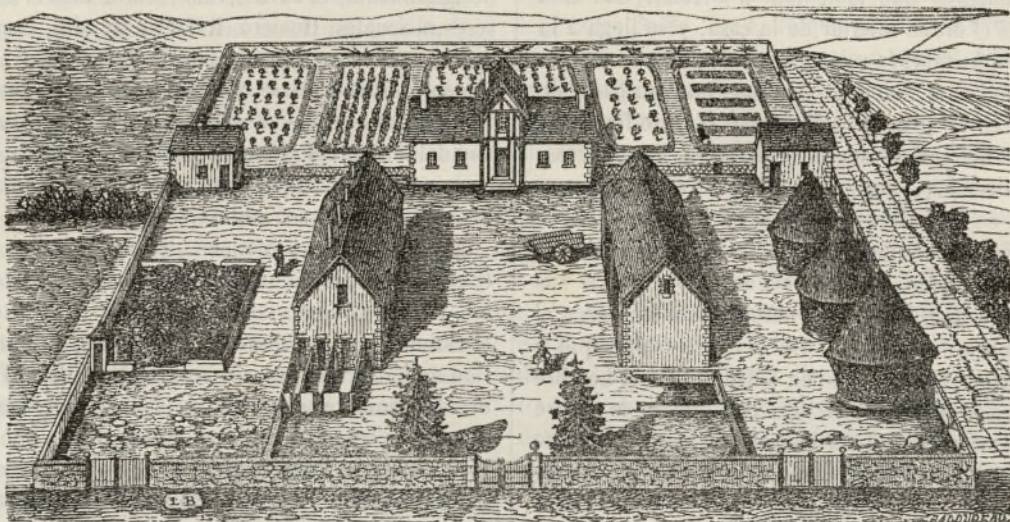
D es el horno y el cernedor con un trox para harina; E es la casita donde residen el hortelano y los gañanes.

Los dos aleros paralelos se pueden convertir en almacén de esparto, lanero y lechería, ó en otra oficina adecuada á la clase de cultivo que se siga.



Idea mas cabal se tendrá del conjunto, fijándose en la siguiente lámina que representa la granja á vista de pájaro.

Cada corral tiene su entrada con berja; el jardín y la huerta están al Norte.



Esta es la parte mas esencial de la granja, bien se considere económicamente, bien bajo el punto de vista del recreo.

Ir diariamente al mercado por las frutas y hortalizas, es excesivamente costoso; aguardar á que las traigan los vendedores á la casa es esponerse á quedarse frecuentemente sin surtido. Por eso todo el que vive en el campo debe procurar tener de propia cosecha los artículos de cotidiano consumo que son de difícil conservacion; por eso es circunstancia indispensable del lugar en que se ha de construir la vivienda, que tenga agua somera y abundante.

La jardinería es útil en otro concepto. Sin distraccion no puede vivirse, siendo la necesidad de tenerla mayor á medida que nos alejamos del ruido y del tumulto de las gentes. (1) La contemplacion del propio sér es el trabajo que mas agobia el espíritu, y esto explica el afán que tienen cuantos hacen una vida solitaria, desde el rudo peon-caminero hasta el grave cenobita, de ponerse en relacion con la naturaleza por medio de la jardinería, que es la parte poética del cultivo. Maravilla la paciencia con que el desahogado campesino dirige las plantas trepadoras que se enlazan á su reja, y solo viéndolo puede creerse en el inefable gozo con que las jóvenes miman las flores y las hacen partícipes de sus temores y esperanzas. Una acaricia la rosa que dedica á su amante: otra pasa alegre las horas formando el ramillete que ha de adornar el altar de la capilla ó ha de ofrecer el día del santo á su anciano padre; otra busca alivio á sus penas reales ó imaginarias, contemplando con amargura las hojas que arrastra el viento, y buscando analogías entre su situacion y lo que se presenta á sus ojos con caracteres mas tristes.

Entremos ahora en otro orden de consideraciones.

(1) Todos aman en el campo las flores, desde la gran señora que habita el suntuoso castillo, hasta la pobre arrendataria que pasa por única guarida una choza de cañas. Y lo mismo el lujoso salón á donde no llegan los rayos del sol sino á través de magníficos cortinajes de seda, que el humilde ventanuco con antepecho de carcomida madera, todo parece triste y desnudo, si faltan flores que adornen con la hermosura de sus colores y embalsamen con la agradable suavidad de sus perfumes.

(COURTOIS-GERARD; DEL CULTIVO DE LAS FLORES.)

El carácter del propietario es esencialmente económico; el de ama es moral principalmente: todo es cálculo en el primero, todo es en la segunda ternura y sentimiento. (1) Así sucede que, mientras regatea aquél el precio de un jornal, ésta socorre con largueza á los necesitados. A la vigilancia del labrador se debe la reforma del cultivo; solo cuando la familia se establece en el campo, principia el ejercicio de la beneficencia. (2)

Este sentimiento de caridad para con el vecino, engendra el de la benevolencia para con todo el mundo. Quien dá limosna al pordiosero, acoge con benignidad al peregrino. La hospitalidad era como la medida de la bondad en los antiguos tiempos; (3) habiéndola hecho innecesaria la aglomeracion del vecindario con las fondas y posadas, ninguna atencion recibe el extranjero de parte de las gentes de las localidades que atraviesa.

Este es un mal mas grave de lo que á primera vista parece. Hanlo notado ya los países que con razon tenemos por cultos, y por eso tan cordial acogida halla por todas partes el viajero que los recorre.

La hospitalidad obliga á unos á inspirar confianza, á otros á mostrarse agradecidos. De la franqueza y la gratitud se pasa facilmente al aprecio mútuo. La visita en el

(1) Si el hombre es el pensamiento de una empresa agrícola, la mujer es el alma. El hombre gana, la mujer conserva. Bien está que la esposa procure atraer á su marido con las gracias de su talento, pero esto no debe excluir el cumplimiento de los deberes propios de su situacion. Si se casa con un propietario rural, conviene que sepa todo cuanto concierne á formar una buena labradora. Debe, en una palabra, ser el complemento del marido.

(CORA MILLET SUR L'INSTRUCTION AGRICOLE AUX FEMMES.)

(2) Establaciéndose familias de todas las clases de la sociedad en el campo, refluirán los capitales para mejorar el cultivo, la abundancia de capitales acrecentará los productos y elevará el tipo de los salarios; y, por último, aumentándose el número de las familias bien acomodadas en las pequeñas aldeas, se crearán más facilmente establecimientos de beneficencia.

(MEMORIA DE LA SOCIEDAD AGRÍCOLA DE COMPIÈGNE 1839.)

(3) A la voz de un extranjero todas las puertas se abrían, prodigábanse los cuidados más solícitos.—Y para tributar á la humanidad un homenaje mas bello, nadie se enteraba de su nacimiento ni de su estado, sino despues de haber satisfecho sus urgentes necesidades. El sentimiento de hospitalidad es debido á la naturaleza misma, puesto que el primer impulso del alma es de estimacion á sus semejantes de confianza.

(BARTHELEMY. Historia de Grecia citando á Homero.)

campo no es tan ceremoniosa como en la villa; la conversacion gira menos sobre el mundo que sobre los asuntos domésticos, menos sobre las diversiones que arruinan que sobre los quehaceres que fomentan la fortuna. Con esto se conoce antes el orden interior de la casa, y se llega á la intimidad con más rapidéz y menos reserva.

De la intimidad al amor no hay mas que un paso; de aquí nace que en las grandes poblaciones el trato frecuente entre jóvenes de ambos sexos, esté lleno de peligros. Creadas las relaciones, por punto general, en los paseos, en los teatros, en los bailes y conciertos, las amistades se elijen sin el discernimiento debido. No se puede rechazar al individuo presentado, pero no conociendo á fondo sus sentimientos y antecedentes, es natural que oscurezca el trato una sombra de sospecha. De lo cual resulta, que ó las bodas se hacen con grandísima dificultad, si el hombre teme que le sea insoportable el lujo con que se le quiere fascinar, ó los matrimonios son desdichados, si la mujer no exigió, cual debiera, una garantía de felicidad, atenta sólo á su vivo deseo de colocarse.

La familia del campo es conocida en sus costumbres mas íntimas; rara vez son dispendiosos los hábitos de las doncellas, porque les importa menos adornarse con un dije, que nadie vé, que poseer una buena cualidad que todos alaban: ¿qué temor ha de inspirar con tales condiciones el matrimonio? La aldeana no es una carga para el marido: conoce el valor del trabajo, porque contempla las duras faenas del labriego, y mira la ociosidad como un crimen; aprecia como un don del cielo su modesta fortuna, porque está acostumbrada á ver á su puerta los harapos del mendigo, y la disipacion le aterra; le remuerde la conciencia de gozar mientras su esposo se afana por sus hijos, y procura hacerse digna compañera, conservando con su economía, ó aumentando sus haberes con sus cuidadosos desvelos. (1)

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

LA REAL ACADEMIA INGLESA DE PINTURAS Y LA ESPOSICION DE 1861.

ARTICULO SEGUNDO.

Las bellas artes son la poesía de la vida, las manifestaciones de nuestra alma, la representacion del ideal que ha puesto Dios en nuestro corazon para que tengamos siempre ante los ojos un objeto perfecto hacia el cual encaminar nuestros pasos. El estudio de lo bello purifica las facultades intelectuales, y las producciones del artista ejercen una influencia altamente benefica, hasta entre los hombres más rudos é incultos. Por eso han protegido siempre los hombres de génio á los poetas, los pintores y los músicos. Al concentrar estos su energía en sus respectivas vocaciones, trabajan muchas veces, sin tener conciencia de ello, en fa-

(1) Dice el proverbio que las mujeres hacen ó deshacen las casas. Por desgracia no se enseña á las jóvenes lo que deben saber para hacerlas siempre y para no deshacerlas jamas. En lugar de contribuir á que les sea agradable la vida del campo, las directoras de colegio consiguen que se avergüencen de ella. El galimatías de los salones se buelta de nuestro sencillo lenguaje; el cotis fino, de nuestro cotis tostado; la bugía de nuestra luna; el piano de nuestros ruiseñores; la pintura de nuestros paisajes; la flor artificial de nuestras flores vivas; en una palabra: las gentes de jaula de las gentes del aire libre.

(JOIGNEAUX, CONSEILS Á LA JEUNE FEMME.)

vor de todas las criaturas. La humanidad es una cadena eléctrica; lo bello emana todo de una misma fuente, y vá á personificarse á un solo objeto, Dios. Aunque iluminándola desigualmente, el rayo divino recorre toda la escala de los seres racionales. Homero, Rafael y Rossini, despiertan mil dulces sensaciones, aún en las almas que no tienen el poder de espresarlas ni darse cuenta de ellas. Este fenómeno metafísico, seria imposible sin la afinidad intelectual y la unidad del sentimiento humano. Esta sola prueba basta para convencer mi entendimiento y persuadir mi ánimo del origen comun de nuestra alma.

Artes, ciencias, profesiones, todas se ayudan mutuamente en las sociedades humanas. El guerrero protege al pintor, y el pintor immortaliza al guerrero. Las artes necesitan el estímulo de generosos Mecenas, pues sin estos se morirían de hambre en un rincon los Virgilio. Todo lo que eleva al hombre sobre el nivel de los goces materiales, y lo pone en contacto con los objetos mas nobles, le hace bien, moral é intelectualmente. El utilitarianismo es un mal, que por el contrario, lo degrada y desmoraliza. Si fuese universal la filosofía utilitaria, todo lo que hay de mas esquisito en la estética, perecería en medio de la indiferencia general. Si la escuela utilitaria, contra la cual acaba de protestar tan elocuentemente el Sr. Avala, estuviera en el ascendiente, los poetas serian encerrados en una casa de orates, y las calles de las capitales de Europa estarían empedradas con los fragmentos de las obras maestras del buril. Los utilitarios son esencialmente sensuales, y no tienen ojos ni corazon más que para lo positivo. El océano no es para ellos mas que un almacén inmenso de pescado, y en el mas bello paisaje, no ven mas que un sustancial pedazo de terreno para cultivar trigo y cebada. Los más hermosos parques, los más deliciosos vergeles, son en su opinión terrenos desperdiciados que deberian emplearse en edificar casas. Para estos animales, la farola del gas de la Puerta del Sol es mas bella que la mas refulgente estrella del firmamento, y un tratado de aritmética, más interesante que «El Diablo Mundo». Hable Vd. á esta gente de cuadros, de colores, de tintas, de formas, de proporciones esquisitas, de claros oscuros, de sentimiento, de espresion, de verdad, de vida y de armonía, y verá Vd. pintarse en sus fisonomías metalizadas la espresion idiota del que, aparentando escuchar, está en realidad ejecutando mentalmente alguna operacion aritmética.

Yo no quiero decir que la pintura, la música y la poesía basten por sí solas para hacer grande á un pueblo. Las ciencias y las artes de la vida, deben cultivarse con mucho mayor ahinco por la generalidad, puesto que ellas son los pilares que mantienen la inmensa balumba de las naciones. Lo mismo puede decirse de la industria, el comercio y la agricultura. Si la sociedad no es rica, mal podrán verse compensados los artistas. Las obras maestras de Grecia y Roma, lo mismo de pintura que de arquitectura, adornan, pero no pueden detener la decadencia de estos imperios. Los fundamentos materiales y morales, forman las piedras angulares del edificio social, que los remates, las cornisas, los arquivates, las estatuas, las columnas y los capiteles, ornamentan y embellecen. Las bellas artes son hijas de la religion que, sino ejercitan el entendimiento, interesan el corazon y le proporcionan placeres puros en un mundo donde todo está mezclado con una dosis mortal de impurezas.

Dios ha dotado de belleza á todos los objetos de la naturaleza, y el artista, sacerdote de ésta, recoge, como la mariposa la miel de las flores, todo lo mas bello que hay en ellos, y lo presenta en conjunto á la admiracion de los hombres. El artista tiene su mision como el moralista. La poesia, la pintura y la música, son para este prosaico mundo, lo que los rayos del sol son para los paisajes y las flores de los jardines. La vista de una flor ha restablecido algunas veces la salud á un enfermo, y mas de un infeliz lunático ha recobrado la razon en el famoso y humanitario hospital de Bethlehem, bajo la divina influencia de las celestiales armonías de Haudel, Mozart, ó Bellini. Por eso dice la Biblia con su sencilla magestad sublime, que «el hombre no vive solo de pan.»

La exhibicion de este año, ha sido la 95 de la Real Academia. Las pinturas espuestas han ascendido al número prodigioso de 154. No se asusten, sin embargo, mis lectores; mi ánimo es solo tratar de un reducido número de ellas. Todos los que no son de un mérito sobresaliente, serán rigurosamente descartados de esta revista. Y como las obras maestras son siempre escasas, mi tarea queda reducida á muy pequeñas proporciones, y tanto mas, cuanto que algunos pintores de los mas distinguidos no han espuesto este año ninguna obra. En este número se hallan Gastlake, Maclise, Mulready, Frith, Egg, Webster y Herbert. A pesar de la ausencia de estos artistas de génio, la esposicion ha sido calificada de excelente por los jueces mas competentes.

El primer cuadro que llama la atencion al entrar en la sala de la parte oriental, es el que representa á Lutero en el convento de Erfurt, á la edad de 20 años, cuando acababa de tomar el hábito de fraile, y se ocultaba en la librería para leer la Biblia y descifrar el significado de las epístolas de San Pablo. Este es el periodo de la vida del gran reformista, ilustrado por el cuadro. Las formas, las facciones, y la espresion investigadora que debieran caracterizar en tan temprana edad á Lutero, están pintadas con una habilidad y una ausencia de convencionalismo, que producen un efecto extraordinario en la imaginacion. Los ojos del jóven explorador de los subterráneos de la ciencia, están enrojecidos por el estudio y las vigiliass; y los primeros fulgores de la mañana, lo han sorprendido fatigado en medio de sus libros. Los accesorios están pintados con una fidelidad admirable, y con la verdad y los toques de génio de los grandes artistas. Al contemplar uno este cuadro, no puede por menos de recordar que la figura que representa llena todo el siglo xvi, y ha arrebatado al catolicismo la mitad de la Europa. Un gran sugeto y un gran pincel: hé ahí lo que es el cuadro de «Lutero en Erfurt,» de Mr. J. N. Paton.

«George Herbert en Berton,» es uno de los cuadros mas admirables de la esposicion. Apenas puede imaginarse una obra mas bella. El poeta está representado paseándose en su jardin al romper el alba, con un libro en la mano. Un arroyuelo cristalino se desliza por entre los árboles, y una caña de pescar y una canasta, muestran que el poeta pastor no es indiferente al entretenimiento de los primeros apóstoles. En el fondo, y á través de una bella pradera, se divisa la aguja de la catedral de Salisbury, la cual se lanza á las nubes parduscas del cielo inglés en lontananza. La grande atraccion del cuadro, puede decirse que es el paisa-

je encantador que representa con tanta verdad y tan admirable colorido. Su ejecucion es tan diestra, y el follaje de los árboles, las flores, el césped, las aguas, y el todo, forman un conjunto tan armonioso y natural, que con escepcion del cuadro de Mr. Jáed, de que paso á hablar enseguida, se ha declarado, por la imprenta y por el público, ser el mejor de la esposicion.

La obra mejor de la exhibicion, es incuestionablemente la pintura alegórica intitulada: «De la Aurora al Sol poniente,» y la cual representa las siete edades de la vida. ¿Qué pluma seria capaz de describir y representar á la imaginacion este destello de génio? Tanto equivaldria intentar hacer sentir por medio de palabras la belleza del «Pasmio de Sicilia, la Madonna de Rafael, las vírgenes de Murillo.» Seria lo mismo que intentar el dár á conocer las bellezas de Shakespeare, Byron ó Cervantes, por medio de malas traducciones, ó la magestad de San Pedro en Roma, la catedral de Colonia, la catedral de San Pablo y el palacio de Westminster, por medio de grabados.

«De la Aurora al Sol poniente,» es una obra que, como las mencionadas, debe verse para poder apreciarla. El mejor elogio que puedo hacer de esta obra, es decir simplemente que no se le ha hallado un solo defecto. El artista ha fijado la escena en el interior de una cabaña escocesa, en la cual presenta á la vista asombrada el paso de la infancia á la vejez. La infancia, la niñez, la juventud, la edad viril, la edad madura, la vejez, la ancianidad y la muerte, todo está agrupado y animado por el fuego de Prometeo en este cuadro sin rival. La imagen espantosa de la muerte, está representada por una sola mano, pero una mano árida, seca, descarnada, rígida, que se estende en medio de una escena llena de vida, y hace estremecer de horror el ánimo. Una jóven madre, con un niño de pecho en los brazos, figura en el fondo. A sus piés juguetea dos ó tres muchachos de cuatro ó cinco años de edad. Apenas traspasado el dintel de la puerta, se ven dos jóvenes que al parecer vuelven de la escuela, y á los cuales hace señas la madre que no hagan ruido, indicando con su ansiosa mirada la cama que hay á la izquierda, y en la cual agoniza su abuela. El padre de esta jóven familia está sentado en una silla junto á los piés de la cama, con la espresion del dolor pintada en su varonil fisonomía, contemplando al mismo tiempo con cristiana resignacion la triste escena que tiene lugar á su vista. El asunto de este cuadro es tan sencillo como sublime; los accesorios están tan admirablemente distribuidos, que contribuyen poderosamente al efecto general. El artista no ha descuidado los mas pequeños detalles, resultando del todo un cuadro de esos que forman época en la historia del arte.

«El coloquio en una Fuente,» es un cuadro que representa una escena de costumbres españolas, y el cual está pintado con una entonacion y una fuerza de colorido y de verdad, que solo pueden apreciar en toda su estension los que han viajado por la Andalucía. Un grupo de hombres y mujeres se halla llenando sus cántaros en una fuente. Entre los primeros se destaca uno vestido de corto, con calañés y un cigarro en la boca, el cual se ha apeado de su mula y está requebrando á una de las jóvenes. Está avergonzada, medio oculta su cara divina detrás de su amiga, una morena tambien muy graciosa, aunque dejando ver bastante de su rostro para apreciar su incomparable belleza. El objeto

del autor ha sido evidentemente ilustrar uno de nuestros admirables tipos andaluces, poniéndolo en contraste con los un tanto desanimados, aunque angelicales del norte. La faz de una bella inglesa es la del cielo iluminado por la luna en una noche de primavera; la de una hermosa andaluza, es el firmamento encendido por el sol del medio día. La animada expresión de la fisonomía de esta joven beldad, sus negros y rasgados ojos, sus cabellos sedosos y negros como el azabache, su garganta, que parece torneada por el dedo del amor; sus labios de color de grana, sus mórbidas y voluptuosas formas, su color trigueño, y el carmin de sus mejillas; el traje, el garbo del país, el cielo, la mula y su aparejo, todo está pintado, en fin, con una valentía y un conocimiento de la escena, que es imposible dudar ha sido ejecutado sobre el terreno mismo y «d'après nature.» Su autor, Mr. J. C. Hock, ha hecho un estudio especial en este género, y no hay quien le aventaje en él en Inglaterra.

«Maria Antonietta en el Temple», ha llamado también mucho la atención en la exhibición. Este cuadro produce una impresión penosa en el ánimo. Una mujer, una reina, con rasgos aun de su soberana belleza, prematuramente encanecida, se halla arrodillada delante de un muro de piedra, esforzándose en ver u oír á su querido hijo, prisionero también en una celda contigua, por medio de una abertura. La vista de esta pobre reina destronada, excita sentimientos y despierta recuerdos de los más penosos que es capaz de contener el corazón humano. ¡Qué tropel de hechos, á cual más espantosos, se amontonan á la imaginación en presencia de este simple lienzo! La revolución francesa el 93, las matanzas, la guillotina, el patíbulo de Luis XVI y su inocente familia, Marat, Robespierre, el suplicio de Andrés Chenier, el asesinato de la aristocracia y el exterminio de una generación, todo este cuadro horrible se ofrece á la imaginación, ante esa pobre mujer, privada de sus hijos y próxima á subir las gradas de un cadalso. ¡Ah Francia! ¡Cuántos siglos han de rodar, antes que te purifiques de la mancha de haber deshonrado y guillotinado á esta pobre mujer y á su inocente familia!

«La separación de lord y Lady Russell,» es también un cuadro de mucho mérito. El noble lord marcha al cadalso con una entereza digna de un héroe, y su esposa expresa tanto mejor su sentimiento, cuanto que no corre una sola lágrima por sus mejillas. «El Caballo domado,» muestra la idiosincracia del pueblo inglés. Una joven belleza se halla vestida de amazona, sentada sobre la paja, y reclina su cabeza sobre un caballo de *pur sang* que está también recostado en su establo. Este cuadro parece un bajo relieve. Tal es la verdad de su colorido y la naturalidad de sus figuras. «La caza de esclavos,» es una ilustración de las escenas que con tanta frecuencia tienen lugar en la América del Sur. Tres enormes perros cubanos han descubierto su refugio entre los matorrales; pero el esclavo está armado de un hacha formidable, con la cual ha muerto uno y amenaza la vida de los demás. Las figuras son de cuerpo entero, y el cuadro es una de las grandes atracciones de la exhibición. «La roca de Gibraltar» está magníficamente pintada; pero su autor ha descuidado los detalles. El Estrecho, el mar, la costa, el firmamento, presentan la imagen del caos; mas el Peñón, la punta de Europa, es la verdad, la naturaleza misma. La roca descarnada, solitaria y gigantesca, centinela del Mediterráneo, ha sido trasladada al lienzo sin que

pierda un átomo de su magestuoso aspecto. Para mí, que la he recorrido en todas direcciones, desde el Hacho á la Plaza del Arenal, desde la farola hasta el último escalón de la ladera de piedra de Levante, tiene un atractivo extraordinario este cuadro. ¿No es, además, Gibraltar, un pedazo de nuestra España, que se nos ha arrebatado por medio de la traición más infame? Esta circunstancia tenía para mí una cierta fascinación, que me hacía detener á contemplar esta pintura mas tiempo que el que dedicaba á las demás en mis visitas á Trafalgar Square.

En paisajes, puede decirse que aventajan los pintores ingleses á todos los artistas en existencia. Los campos de Inglaterra son los mas pintorescos, los mas verdes, los mas frondosos y los mas llenos de accidentes de la tierra, y el ganado que lo apacienta, el mas bello y robusto. La vista de este admirable espectáculo, es la mas instructiva escuela para el artista, y por eso los ingleses sobresalen tanto en este género. Los dos mejores que se han espuesto este año, son los de Linnell y Maccallum. La exhibición ha estado abierta desde 1.º de mayo hasta el 30 de junio, y el público ha quedado muy satisfecho de ella.

J. S. BAZAN.

LOS CAMPESINOS.

CUADRO TERCERO.

¡DIOS SE LO PAGARÁ Á V.!

La deseada luz del día vino á poner término á las tinieblas de la noche, y á calmar algun tanto las angustias del corazón. El cielo estaba despejado y diáfano; los pequeños nublados que divagaban, eran blancos y transparentes como la piel del cisne, y parecían guarnecer aquel rico manto de raso azul celeste.

La vegetación sonreía al amor de aquella húmeda y templada atmósfera. Cada flor prestaba al ambiente un distinto aroma, formando la mezcla del de todas un indefinido y grato perfume; pero sobresalían como mas atrevidos, el de la madreselva y el mastranzo.

Las aguas del río, tan turbias y agitadas poco antes, corrían cristalinas y serenas, como dormidas y descansando de las fatigas de aquella noche. Dos garzas reales nadaban confiadas en la solitaria y apacible tabla del Jándula. Algun plateado pez brincaba de contento, para respirar el aire de aquella temperatura deliciosa.

Las perdices, las palomas torcaces y las oropéndolas, repuestas del susto, y fuera ya de sus pobres guaridas, donde pensaron morir aquella noche, aturdián los aires con sus alegres reclamos, con sus arrullos y sus trinos; parecía que entonaban á porfía el *Te-Deum laudamus* en su idioma misterioso é incomprendible. Todo parecía sonreír en los valles, en las cimas de aquella grandiosa soledad, excepto el angustiado corazón de Marta.

Apenas hubieron llegado de su majada los hijos del tío Santos, donde dejaron ya su corto rebaño de vacas, repuestas del susto y del asombro que les causara la tormenta, seguras de las asechanzas de

los lobos, rumiando tranquilas y casi enterradas entre la avena y las yerbas de prado de aquellas huelgas, cuando les informó Marta de lo ocurrido, encargándoles velaran el cadáver, hasta que la justicia viniera á reconocerlo y á disponer su sepultura: no se olvidó recomendarles que no le faltara luz en todo el día, girando contra la provision de aceite que ella tenia en su cabaña pobre, á la cual se encaminaba cabizbaja con los tres niños.

Ya venia en su busca Santiago, su marido, despues de terminada su caza con éxito infeliz é inesperado, y despues de haber llegado á su choza, donde le informaron su madre y el tio Santos de todo lo ocurrido en la anterior noche, indicándole el paraje donde Marta estaba ejerciendo su atrevida, aunque laudable obra de caridad.

Encontráronse, pues, los dos esposos en la mediacion del camino. Santiago escuchó atento y sorprendido el prolijo relato que su mujer le hizo de la desgracia ocurrida á la vecina Jacoba, pintando la catástrofe con ese colorido apasionado que emplea la sencilla gente del campo para describir un hecho que les preocupa la mente.

Pronto arrastró el corazon del marido hácia el sentimiento y la compasion aquella dulce y desataviada elocuencia. Conseguido esto, fácil era ya el triunfo que se proponia, y era el de contaminar el alma de aquel hombre en los sentimientos caritativos y generosos de que estaba poseida, para explotarlos en bien del desvalido niño.

Santiago era materia dispuesta para la caridad: su buena índole lo impelia á la práctica de esta evangélica virtud. Por otra parte, consideraba como una obligacion coadyuvar á las buenas obras que de continuo ejercia Marta, siquiera fuese en agradecimiento á lo que ésta hacia con su pobre, ciega y anciana madre. Nunca olvidaba el alhago, el mimo y respeto con que trataba á aquella desgraciada mujer, con quien compartía el cuidado y el pan de sus hijos.

Esta consideracion habria bastado en todo caso para que dijera *amen* á todo cuanto aquella le propusiese, y aún hubiera sobrado para que Santiago aceptase todo compromiso que su caritativa esposa pudiera haber contraido. Es, pues, el caso, que este buen hombre pesaba las obligaciones, y se miraba muy mucho en ellas antes de contraerlas. Así es, que Marta rehusaba poner de manifiesto á su marido la que se hab'a impuesto de criar aquel niño desvalido: temía la repulsa; encontraba la fisonomía de Santiago marcada con una tinta de tristeza y de pesar, que sin ser mal humor, revelaba lo poco predispuerto que se encontraria á complacer; por otra parte, la promesa solemne que había hecho á la moribunda, era un sagrado, y deb'a cumplirla á toda costa. Ya no se iba de espaldas á la cuestion; ya por fin se decidió á evitar rodeos y ambages, y quiso poner de manifiesto su compromiso contraido, pidiendo un *bill* de indemnidad al marido, que todo lo ignoraba.

Dió, pues, principio á la escaramuza, cargando de tintas negras el cuadro que pintaba á la angustiada

figura de Jacoba en los momentos de su agonía, dos veces amarga; una porque moría en lo mas florido de sus años, y otra por dejar sumido en la horfandad y en la miseria el primer hijo de sus entrañas. No olvidó hacer dolorosas comparaciones entre ella y sus hijos, si se vieran en igual caso, particularmente su pequenuelo Ramon, que era casi recién nacido como aquél, y que como él necesitaba un pecho que le alimentase, un regazo que lo durmiera y una madre que lo educara.

El comprometido y sagáz consorte guardó silencio: Marta calló igualmente. El uno meditaba sobre lo que habia oido; cualquiera hubiera adivinado que callaba tamadamente, y se decia para sí:—¿En qué vendrán á parar estas misas?—La otra se hacia la cuenta que Santiago adivinaba sus deseos. A la adivinacion pronta y acertada de un suceso futuro. llama la gente labriega *comerse la partida*. Santiago se comió la partida, y aun la entera, porque se puso al cabo de todo.

Marta quiso desembarazar aquella penosa situacion, y dijo suspirando:

—De muy buena gana suplía yo la desgracia de ese angelito, sirviéndole de madre.

Santiago cruzó las manos, en cogiéndose de hombros y ladeando la cabeza, como quien dice.—Ya está el toro en la plaza: salió lo que yo me habia figurado: he sido padre esta noche sin comerlo ni beberlo.—Despues miró á Marta sin ceño alguno; antes al contrario, mostrándose como resignado á la calamidad que se le venia encima, parece que decia:—Pues señor, paciencia.—Este silencio y estos ademanes revelaban que Santiago, rendido, transigia por completo con las exigencias de Marta, pues esta era la actitud pacífica y concesionaria que tomaba aquél en casos análogos al que le ocurría, disculpando sus condescendencias frecuentes hácia Marta, diciendo:—Si tu mujer te pide que te arrojes por un tajo, pídele á Dios que sea bajo.

Con este callar y esta buena cara se las prometió Marta felices; y recargando su memorial, decia:

—¡Hijo de mi alma! ¿Quién tiene corazon para abandonarlo?

—Pero esos son unos cargos muy grandes, replicaba Santiago; una responsabilidad inmensa para con el mundo y para con Dios.

—Yo haria con él lo mismo que con los mios.

—¡Criar dos niños es imposible! Estás débil y se van á destuetanar.

—La cabra ayudará á tan santa obra.

—Tenemos una carga de familia: mantenemos á madre, y el día de mañana puede faltarnos. Las colmenas no tiene costra este año; el trigo de la roza se ha revolcado con la lluvia de esta noche, y las espigas que se mojan á medio granar, se encienden en tabaco; y yo, por mas que me mato trabajando, apenas puedo desalojar el hambre de mi casa, donde ha tomado cuarteles de invierno.

Marta respondió:

—El Señor nos lo dará por otro lado, que Dios

aprieta y no ahoga, y la Providencia divina no le falta á nadie.

Estas palabras, que pronunció Marta con la convicción y la confianza mas profunda, hicieron eco y llevaron la mas completa persuasión al corazón del marido, que impregnado de aquella cristiana y confiada fé, resolvió recoger y criar al desvalido niño.

—Hágase la voluntad de Dios, dijo; lo que sea de nosotros y de nuestros hijos, será de él: vamos, pues, á la choza en busca de ese niño, y desde hoy se llamará hijo nuestro.

Marta, que esperaba esta ocasión propicia, se paró, y soltando la enagua que llevaba cobijada por la cabeza, sujeta por bajo de la barba, dejó ver al recién nacido y á Ramon, acurrucados y preservados del frío: cada uno se amamantaba á un pecho: José María, descalzo y aterido con el fresco ambiente de la mañana, estaba asido á la ropa de la madre y resguardado con ella. El grupo que formaban esta mujer y estos tres niños, hubiera podido tomarse por el bello ideal que inspiró al Torregiano, al esculpir la estatua de la Santa Caridad que adorna el templo de Granada.

Santiago, conmovido al ver aquella tierna y abandonada criatura, vertió una lágrima, y lleno de fé en Dios, y fortificado con la confianza que Marta le inspiraba, dijo:

—¡Angelito! Un pan que yo tenga lo partiré con él.

—Sí, decía Marta; Dios favorecerá la buena intención que nos guía. Si hubieras visto la congoja de aquella mujer, que en medio de su agonía se ocupaba de la suerte desgraciada que esperaba al niño, y el consuelo que recibió con la oferta que yo le hice de que nosotros protegeríamos la horfandad de su hijo, seguro que sus palabras te se habrían clavado en el corazón, como yo lo tengo taladrado desde que la oí decir con aquellas veras..... ¡Dios se lo pagará á Vd! ¡Dios se lo pagará á Vd!.... Si parecía que aquellas palabras proféticas, eran una promesa; si parecía que Dios, ese buen pagador de las obras de caridad que se hacen por sus queridos pobres, hablaba y prometía por boca de aquella mujer moribunda, que recompensaría la buena obra.

—Yo no desconfío de Dios, Marta, decía el cazador; pero si las cuentas del pobre no salen nunca; si piensa uno dár un paso adelante y se le vuelve atrás. ¿Podrás creer lo que me ha sucedido esta noche? Ya sabes que iba de rececho á la caza de ese jabalí, monstruo que nos devoraba el trigo de la roza; dije, vamos, cosa fácil es matar ese dañino animal que hecho dinero vale más de doce duros, sin contar con la piel que la reservaré para *albarcas*. De todas maneras, ya tenemos á San Juan encima; el alquiler del cuarto es menester pagarlo: con esto y lo que me dé por el mastin Banderas ese conde tan dadivoso y buen pagador, que quiere comprarlo con tanto afán para reponer su jauría, tenemos para salir del apuro, y algo nos queda, por si el señor nos manda una enfermedad, tener de qué echar mano. ¡Nada! ¡El cuento de la lechera! El jabalí no vino: el perro se desató

sin duda, y siguió mis pasos con ese olfato y ese instinto tan singular que tenía. Entra en el raso: su tamaño, la oscuridad, la desgracia! Todo me alucina; disparo mi escopeta, y cae el excelente perro Banderas revolcándose en su sangre!...

—¡Pobre animal! exclamó Marta. Su vida ha preservado la mía: me acometió en el camino de la choza una hambrienta lobada, y su lealtad y su celo rompió la cuerda que lo amarraba, para correr en mi auxilio: ahuyentó los lobos, me libertó de ellos, y olfateó su puesto á su regreso. ¡Oh lealtad! ¡Oh gratitud de ese inteligente animal doméstico! bien pagas el mezquino pedazo de pan que te se dispensa!

Santiago lamentaba su pérdida. En efecto, los cálculos de aquella imaginaria ecuación se redujeron á cero. Doce duros del valor del jabalí, más cuarenta por el del perro, igual á cincuenta y dos, con los cuales tenía el alquiler pagado, y un decente ahorro para remediarse si sobrevenía una enfermedad. El signo *mas* de la suma se reemplazó por el signo *menos* de la resta: resultado, cero.

—La cuenta de la lechera, Marta, la cuenta de la lechera.

—Esos cálculos, dijo Marta, los fiabas en la suerte. Yo fundé mis esperanzas en Dios. Sí, aquel ¡Dios se lo pagará á Vd.! no se me olvida, y yo sé lo que vale. Tu has recordado la fábula de la lechera; yo te contaré un *sucedido* verídico, que se vió en Andújar, y en el que se delineó palpable la mano de Dios.

Había en Andújar una rica, noble y virtuosa señora, á quien Dios envió una penosa enfermedad crónica, que la consumía por instantes. Dos criadas la asistían de continuo en aquella dolencia: una de ellas incrédula, desconfiada, merced á los malos libros que leía, y á la educación irreligiosa que le dió su padre, que fué afrancesado; leía y *sabía mas que Fríjan*; pero Salamanca á unos sana y á otros manca: más le valiera no haber sabido el A. B. C., que las lecturas de aquellos libros que no entendía ni podía digerir: la hicieron desgraciada, por que la tornaron incrédula, y para ella el Dios del cielo y de la tierra era un peso duro, como solía decir. La otra sabía menos y era mas feliz, cristiana y crédula á puño cerrado; su fé era la sencilla fé del carbonero; nunca se metía en averiguaciones ni en honduras, y todas sus esperanzas las cifraba en Dios.

Se acercó la última hora de aquella señora anciana que bien conocía el mundo; y deseosa de recompensar los extraordinarios servicios que sus asistentas le prestaban, llamó á las dos. A la incrédula desconfiada le dejó una manda de tres mil reales y las gracias: á la cristiana y confiada creyente, le regaló en el acto su libro de devociones, recuerdo de un tío suyo que estuvo de capellán de un regimiento que hizo multitud de prisioneros franceses, y le dijo:—Toma, para que te encomiendes y me encomiendes á Dios; y en cuanto al bien que por mi has hecho, Dios te lo pague.—Bien sabía aquella señora que el recomendarla á Dios era remitirla á una tesorería mas rica y mas inagotable que la suya. Los tres mil reales de la una se gastaron en menos de un

año en galandungas y devaneos. El devocionario de la otra tenía por registro una nota escrita en francés, que nadie entendía ni había leído desde que el tío de la señora la dejó allí menospreciada. Pero la nota, que fué leída un día por un estudiante sobrino de la poseedora, contenía las señas de un gran depósito de dinero que se dejaron escondido los franceses, por lo visto, cuando salieron de España á espeta perros. Ello és, que la sencilla y confiada credulidad de la mujer hizo que se buscara aquel tesoro; y no muy lejos de Andújar encontraron tanta cantidad de dinero, que la pobre subió como la espuma: casó á su hija con un bizarro sargento de la Guardia real, que es hoy general, y lleva uno de los mas nobles y envidiables títulos de la grandeza de España, por sus proezas militares. Aquel *Dios se lo pague a usted*, fué girar una letra contra el tesoro rico é inagotable de la Providencia suma. Este es el dedo de Dios, que si escribe el Mane, Thecel, Phares para castigar, tambien *pesa, mide y cuenta* las buenas acciones para premiarlas, como decia un Cuaresmal de los Velez.

—Todo eso está muy bien, Marta: decia Santiago. Pero si las obras de caridad que nosotros hacemos se nos vuelven pecados mortales! Acuérdate del lance del herido que curaste dentro de nuestra choza. Tú hiciste una obra de caridad, es cierto; pero aquella buena accion nos comprometió, y es hoy la que nos trae de cabeza.

—¿Y qué había yo de hacer? dijo Marta conmovida de recordar no más el lance.—Era menester no tener sangre en las venas, para haber abandonado aquel pobre señor en el lance que se encontraba. Si me pidió agua en medio de aquellos jarales en que estaba escondido, y yo venia con un cántaro de agua de la fuente, ¿no había de apagar su sed? Si tenía la cabeza destrozada á sablazos, y se desangraba por momentos, y demandó mi auxilio, ¿no había de curarlo? Si se puso en mis manos y se confió de mí, ¿iba yo á entregarlo á la partida que iba en su busca, como decia el pregon, para que le dieran cuatro tiros? ¿Por lo demás? yo que sabía si era blanco ó prieto ¿No sería tan malo, cuando hoy es uno de los más estimados mandones del ejército.

—Sí, objetó Santiago: pero nada de eso fué un obstáculo para que te delatára el boticario como encubridora, porque sospechó de tí, al ver que fuiste dos veces á comprar unguento y bálsamo de Malás, y te llevaron presa á la comision militar, la que te hubiera *afusilado* porque no cantabas.

—¡Yo! dijo Marta, queriendo dejar acreditada *apud acta* la nobleza de su corazon.—¡Yo!... con bastante desparpajo lo dije ante todos aquellos señorones. Señor coronel, verdad es que di agua á ese herido; verdad es que le curé la inmensa carnicería que venia hecho; verdad es que sé donde está escondido; si he obrado mal en eso, lo pago con mi cabeza. Haga V. S. de mí lo quiera; pero descubrirlo, entregarlo atado cuando se amparó de mí, y se fió de mi palabra, eso no lo hago, aunque me saquen las venas del corazon. Esto decia yo golpeándome el pecho y dispuesta

á egecutar lo que decia, como en efecto lo hice.

—Sí, pero es lo cierto, contestó Santiago, que á tí te tuvieron dos meses presa, y á mí me dejaron arrimado á las paredes. El grano de la Roza voló, las dos yuntas de vacas nos las hicieron sal y agua; y á buen escapar no fuiste tú á presidio, como te habían sentenciado por encubridora. Gracias al indulto que te alcanzó de la reina, aquella alma caritativa que no sabemos quien fué ni quien nó.

—La marquesa de Zurgena, que era la madre de aquel herido; y caritativa y agradecida no descansó un momento hasta no alcanzár mi perdon de esa reina magnánima, á quien Dios bendiga, que con justicia la llaman Isabel la clemente, porque ha enjugado más lágrimas en España que gotas de agua llevan los rios de su reinado. Pues mira como no fué perdido lo que hice; que quien bien siembra, bien coge; que esa buenaseñora noble y agradecida me escribe y nos socorre, y sacó de pila á Casta, y hará ese bendito corazon por ella, si es que faltamos, más que nosotros pudiéramos hacer, por que su casa es un asilo de beneficencia: su caudal es el milagro de pan y peces, porque medio Adra come de él y nunca se aminora. Si parece que tiene la bendicion de Dios, por más que diga el avariento de D. Jinés, el rico nuevo, que aquel caudal y todos los caudales de los ricos son un robo.

Así elogiaba Marta á su bienhechora, la marquesa de Zurgena; aquel corazon generoso y agradecido no perdonaba medio, no esquivaba ocasion, con tal que no fuera tan calva que no hubiese siquiera un cabello á que poderse asir, en que no pregonase las virtudes de la cristiana marquesa.

—Bueno está lo bueno, Marta; pero ya que hagamos esa obra de caridad, que no tengamos contratiempo. A Segura lo llevan preso: y yo no quiero faltar á la ley, ni andar en vueltas con la justicia. Presentaremos ese niño al alcalde, aunque le supliquemos despues que te lo deje criar, dándole parte de la muerte de esa muger.

En esta sencilla conversacion pasaron los dos cónyuges el camino que mediaba desde el albergue de Jacoba hasta la choza de Marta, en cuya puerta lo aguardaban ya impacientes tío Santos, madre Luts garda y Casta, que al verlos llegar corrieron á abrazarlos, abrumándolos á preguntas y vertiendo lágrimas con ellos, al oir la desgraciada muerte de Jacoba.

Poco tiempo tardaron en almorzar y hacer los cortos aprestos del viaje. Disponían de una sola caballería. La pobre moluna era una burra que tenía su gesto en armonía con su nombre, pero sus pies eran el vice-versa mas completo de la locomocion al vapor. Pensadora y meditabunda, nunca se quiso correr de ligero; en todas sus cosas marchaba con pies de plomo; pero es fama que apesar de eso dió en este mundo muchos pasos en vago, infinitos traspieses, é innumerables tropezones.

Este pobre animal, que era paciente y sufrido en demasía, mostraba á pesar de su indiferentismo, dos puntos de secreta aversion y repugnancia instinti-

va, y eran quedarse sola en el prado é ir á Andujar. Mas para que no se sustrajera maliciosamente del viaje, como lo hizo el día anterior, la ataron al árbol, mientras la aparejaban y subia en ella Marta con el recién nacido abrigado al pecho, é interin acomodaban en su banasto de agnadera al diminuto Ramon.

La ciega, que rehusó admitir la comodidad de la cabalgadura, por consideracion á la cansada Marta, que cuidaba de los dos angelitos, caminaba á pié apoyada en su báculo de caña de Cicuta, guiada por Casta que hacia de lazarillo, rezando el rosario que entonó en voz baja al comenzar el camino, en sufragio piadoso del alma de la difunta.

Tio Santos caminaba cabizbajo y callado, con el doble disgusto de ir á Andujar, á cuyo viaje tenia tanta ó más aversion que la misma mohina, y el del objeto triste que lo llevaba, de presentar su hijo para la quinta.

Santiago hacia de guarda-frenos de aquella pesada y tarda locomotora, y llevaba cabalgando sobre sus hombros al pequeño José Maria.

La cabra los seguia como un perro, juguetona y doméstica.

La siembra, la choza mal cerrada, quedaban abandonadas al cuidado de la Providencia durante los días que estuviesen ausentes.

La caravana atravesó silenciosa el oquedal viejo y venerable, poblado de árboles que nunca conocieron la podadera ni el legon, de arbustos seculares, verdes y vestidos de follaje los unos, secos y acaudalados los otros, que si bien carecian de hermosura propia, los vestia la naturaleza de prestado con plantas de líquen delicado y felposo, y con las de otras parásitas, misteriosas y desconocidas aún á la ciencia de Linneo y Beaumare.

Pasó la caravana con extremado riesgo aquellas resbaladizas laderas de pizarra, aquellas empinadas cimas cubiertas de matorral y de arbolado; cruzó el río y los arroyos por sus pontones naturales de peñascos y raigambre; pasó por aquellas magnificas bóvedas de alisos y vides silvestres, sin encontrar alma viviente, sin percibir otro ruido en aquella grandiosa soledad, que el de las aguas que se precipitaban por las cascadas, y el vuelo asustadizo de las aves selváticas que se espantaban al oír su paso.

Tres horas despues arribaba esta descrita caravana á una pequeña casa de la calle Sancho-Serrano, en el barrio de San Bartolomé de Andújar.

DISCURSO DE LINCOLN.

Retirando otros originales, damos cabida á este importante documento, que insertamos *íntegro*. Como se hace en él una reseña de los últimos acontecimientos de la union del Norte de América, se hace una esposicion completa de la situacion actual del país y de los sucesos, y se indica la marcha que el gobierno de Washington se propone seguir, hemos creído oportuno dedicar á él una parte de nuestra

revista, en la que hallan siempre particular preferencia los asuntos de América.

CONCIUDADANOS DEL SENADO Y LA CAMARA DE REPRESENTANTES.

Habiendo sido convocados en circunstancias extraordinarias, segun lo permite la constitucion, no tendreis que fijar la atencion en ningun asunto ordinario de legislacion.

Al comenzar el presente período presidencial, cuatro meses há, el gobierno federal habia dejado de funcionar escepto en lo relativo al ramo de correos en los Estados de la Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Mississippi, Luisiana y Florida. Todos los fuertes, arsenales, aduanas y demás establecimientos situados en el territorio de esos Estados, con inclusion de los bienes muebles é inmuebles que se hallaban dentro ó cerca de ellos, habian sido tomados y estaban en abierta hostilidad contra este gobierno, esceptuando únicamente los fuertes Pickens, Taylor y Jefferson, en la costa de Florida, ó cerca de ella, y el fuerte Sumter en el puerto Charleston, Carolina del Sur.

Con el mismo propósito hostil se habia mejorado la condicion de esos fuertes, construido otros nuevos y organizado fuerzas armadas, cuyo efectivo aumentaba diariamente. Los fuertes que quedaban en poder del gobierno federal en esos Estados, ó en sus inmediaciones, fueron sitiados ó amenazados por preparativos militares, y el fuerte Sumter en especial fué casi circundado de baterias hostiles bien protegidas, con cañones iguales en calidad á los mejores del mismo fuerte y en una mayoría como de diez á uno; un número desproporcionado de fusiles y rifles del gobierno habia caído, de esta ó aquella manera, en poder de dichos Estados; habianse apoderado estos con el mismo objeto del producto acumulado de las rentas públicas; las fuerzas marítimas estaban dispersas en distantes mares, y solo una pequeña parte de las mismas podia recibir inmediatas órdenes del gobierno; gran número de oficiales del ejército federal habia hecho dimision, y la mayor parte de los dimisionarios habia tomado las armas contra el gobierno. Al propio tiempo, y en relacion con todo esto, declaróse abiertamente el propósito de destruir la union federal, á cuyo fin cada uno de aquellos Estados habia adoptado un acta por la cual se declaraba separado de aquella. Habíase promulgado una fórmula para constituir un gobierno combinado de todos esos Estados, organizacion ilegal que apellidándose «Estados Confederados», estaba solicitando ya reconocimiento, ayuda é intervencion de las potencias extranjeras.

Encontrando las cosas en este estado, y creyendo que el ejecutivo tenia el imperioso deber de evitar, si era posible, que se consumase semejante tentativa para destruir la union federal, hizose indispensable el elegir los medios que al efecto debian emplearse. La eleccion se hizo, y se dió cuenta de ella en el discurso inaugural. La política que se eligió fué la de emplear todas las medidas pacificas, antes de recurrir á otras enérgicas; procurando solamente conser-



var los lugares públicos y la propiedad que todavía no se había arrebatado al gobierno, y percibir las rentas, dejando lo demás al tiempo, á la discusion y á las urnas electorales. Prometió seguir enviando las balijas del correo, á espensas del gobierno, á los mismos habitantes que le resistian, y dió repetidas seguridades de cuanto un presidente puede hacer constitucional y justificablemente para que los ciudadanos no sufriesen perjuicios ni en sus personas, ni en sus derechos. Se omitió todo aquello sin lo que se creyó posible conservar el gobierno en pié. El día 3 de marzo, primer día que ejerció su empleo el presente encargado, se le entregó, por conducto del ministerio de la Guerra, una carta que el mayor Anderson, comandante del fuerte Sumter, escribió en 20 de febrero y se recibió en dicho ministerio el 4 de marzo. Esta carta espresaba, en los términos profesionales del asunto, que era imposible introducir en el fuerte refuerzos en el espacio de tiempo que la limitada existencia de provisiones hacia necesario y con objeto de conservar la posesion del mismo, sin contar con una fuerza menor de 20,000 hombres buenos y bien disciplinados. Esta opinion estaba apoyada por todos los oficiales de su mando, y las memorias sobre el particular se incluyeron en la carta del mayor Anderson. El todo se puso inmediatamente en manos del teniente general Scott, quien desde luego apoyó la opinion del mayor Anderson. Sin embargo, pidió el tiempo necesario para reflexionar y consultar con otros oficiales, tanto del ejército como de la armada, y al cabo de cuatro dias llegó á la misma conclusion que antes, con tanta repugnancia como firmeza. Manifestó, tambien, al mismo tiempo, que el gobierno no tenia entonces á su disposicion la fuerza suficiente, y que no podia organizarse y ponerse en campaña antes de la época en que se hallasen agotadas todas las provisiones del fuerte. Bajo un punto de vista puramente militar, esto reducía los deberes de la administracion, en ese caso, á solo sacar sin peligro la guarnicion del fuerte. Creyóse, no obstante, que abandonar así esa posicion en tales circunstancias, seria en extremo ruinoso; que no se comprenderia bien la necesidad que obligaba á hacerlo; que muchos lo interpretarían como parte de una política voluntaria, que en el país desanimaría á los amigos de la union, alentaría á sus adversarios, y hasta haría que en el extranjero se reconociese á los últimos: en una palabra, que se consumaría nuestra destruccion nacional.

Esto no podia permitirse. El hambre aun no se había hecho sentir en la guarnicion, y antes que esto sucediese, podían enviarse refuerzos al fuerte Pickens. Esto último hubiera sido una manifiesta indicacion de la política que pensaba seguir, y hubiera al mismo tiempo dispuesto al país para aceptar la evacuacion del fuerte Sumter como una necesidad militar. Habíase dispuesto que se diese la orden para que del vapor *Brooklyn* desembarcasen fuerzas en el fuerte Pickens. Esta orden no podia transmitirse por tierra, debía ir por otra via mas lenta y dilatada, por mar. La primera noticia que se tuvo despues de

haberse espedido la orden, se recibió una semana antes de la rendicion del fuerte Sumter. Consistía esta en que el comandante de la *Sabine*, á cuyo buque se habían trasladado las tropas de la *Brooklyn*, había reusado desembarcarlas, obrando como si la última administracion hubiese concedido una especie de armisticio, de cuya existencia solo tenia una idea muy vaga el actual gobierno al tiempo de dar la orden. Si entonces se hubiese reforzado la guarnicion del fuerte Pickens podia haberse evitado la crisis del fuerte Sumter, enviando allí oportunamente provisiones, de que carecia aquella guarnicion. Para evitar este conflicto, y como medida de precaucion, el gobierno había preparado algunos dias antes una expedicion para que fuese á llevar auxilios al fuerte Sumter, expedicion que debía llevarse á cabo, ó no, segun las circunstancias. Como se temia que sucediese lo que al fin acaeció, resolvióse enviar la expedicion. En esta contingencia, resolvióse tambien notificar al gobernador de la Carolina del Sur de que se iba á hacer una tentativa para enviar provisiones al fuerte Sumter, que si no se oponia resistencia por su parte no se haría ningun esfuerzo para desembarcar tropas, armas ó municiones de guerra, sin habérselo manifestado antes, á no ser que tratase de atacar al fuerte. Manifestóse así al gobernador, y el fuerte fué atacado y bombardeado hasta que se rindió, sin haberse siquiera esperado á que llegasen los buques que llevaban las provisiones.

El ataque y toma del fuerte Sumter no fué en manera alguna un acto de defensa por parte de los sitiadores. Sabían muy bien que la guarnicion del fuerte no podia de ningun modo atacarlos; sabían, pues se les había notificado espresamente, que no se trataría de otra cosa en aquella ocasion que de auxiliar con provisiones á unos cuantos soldados valientes y acosados por el hambre que guarneceían el fuerte, á no ser que con oponerse á ello se provocasen otras medidas.

Sabían que este gobierno deseaba conservar la guarnicion en el fuerte, no para atacarlos, sino simplemente para continuar en visible posesion de él y evitar la efectiva é inmediata disolucion de la Union, confiando, como he manifestado antes, que el tiempo, la discusion y las urnas electorales resolverían esta cuestion definitivamente; pero ellos atacaron y tomaron el fuerte, precisamente con contrario objeto; con el de hacer desaparecer de allí toda la autoridad federal de la Union, ocasionando la inmediata ruina de esta. Que no fué otro su objeto lo ha comprendido perfectamente el Ejecutivo, y habiéndoles dicho en su discurso inaugural: «no habrá un conflicto si no lo provocáis», hizo cuanto estuvo de su parte, no solo para cumplir esta promesa, sino para que no se le diese una mala interpretacion á sus palabras y no se le acusara de falsia. Logró este objeto mediante el ataque del fuerte Sumter y las circunstancias que le acompañaron.

Desde entonces, y de ese modo, comenzaron la guerra los enemigos del gobierno, sin que hubiese ni un solo cañon que les amenazara, ó que pudiese contes-

tarles el fuego, salvo los pocos que se habían enviado al fuerte años atrás para protegerlos y que estaban aun dispuestos á hacerlo en cuanto fuese legal. Por este acto, sin tener en cuenta todos los demás, han obligado al país á optar entre su inmediata disolución ó la guerra, y de esta alternativa depende algo más que la suerte de los Estados-Unidos. Presenta al mundo entero la cuestion de si una república constitucional ó democrática, si un gobierno salido del pueblo y formado por el mismo pueblo puede ó no mantener la integridad de su territorio contra sus enemigos domésticos. Suscita la cuestion de si algunos descontentos, muy pocos en número para dominar la administracion, segun la ley orgánica, en ningun caso, pueden invariablemente, alegando lo que se ha alegado en el presente caso, ó con cualquiera otra excusa, ó arbitrariamente, sin excusa alguna, destruir el gobierno y hacer desaparecer así prácticamente de la faz de la tierra el gobierno libre.

Esto nos obliga á preguntar: ¿es inherente á todas las repúblicas esta fatal debilidad? ¿Debe un gobierno ser necesariamente demasiado fuerte para las libertades de su pueblo, ó muy débil para conservar su propia existencia? En vista de tan inminente conflicto, no quedaba al gobierno otra alternativa que la de apelar á la fuerza para su propia conservacion, como á ella se había recurrido con el objeto de destruirlo.

Hízose un llamamiento á las armas, y el país contestó de la manera mas satisfactoria excediendo con mucho en unanimidad y entusiasmo á cuantas esperanzas se hubieran podido concebir.

Sin embargo, ninguno de los Estados, comunmente llamados de esclavos, excepto Delaware, ha dado un regimiento por medio de la organizacion regular del Estado. Por empresas particulares se han organizado en algunos de dichos Estados unos pocos regimientos, los cuales ha recibido el gobierno á su servicio. Naturalmente, los Estados llamados separatistas, á los cuales se unió el de Tejas en la época de la inauguracion, no han dado tropa alguna para defender la causa de la Union. En los Estados llamados fronterizos, no habia uniformidad de accion; algunos de ellos estaban casi unánimes por la Union, al paso que en otros, como Virginia, la Carolina del Norte, Tennessee y Arkansas, el sentimiento unionista estaba casi ahogado y no podia alzar la voz. La conducta adoptada por el de Virginia fué la más notable y acaso la más importante. Hallábase reunida en la capital de este Estado, en la época de la toma del fuerte Sumter, una convencion elegida por el pueblo, compuesta de individuos cuya mayoría era partidaria de la Union. Tenia por objeto dicha convencion discutir la cuestion de disolver la Union; pero casi inmediatamente despues de saberse la toma del fuerte, muchos de sus miembros se pasaron á la minoría desunionista y adoptaron una acta para separar el estado de la Union federal. Si este cambio se efectuó á consecuencia de haber aprobado aquellos individuos la toma del fuerte Sumter, ó por haberles causado disgusto que el gobierno opusiese resistencia á los sitiadores, es lo que no se sabe aun á punto fijo.

Aunque sometieron para su ratificacion aquella acta á la votacion popular, dando para ello un plazo de un mes, la convencion y la legislatura que se hallaban reunidas al propio tiempo y en el mismo lugar, y los hombres más influyentes del Estado que no eran miembros de ninguna de las dos, comenzaron inmediatamente á proceder como si aquel Estado se hallase ya separado de la Union. Dieron un empuje vigoroso á los preparativos militares en todo el Estado; se apoderaron del parque de los Estados-Unidos en Harper's Ferry, y del arsenal de Gosport, cerca de Norfolk; recibieron, quizás invitados, grandes cuerpos de tropas con su material de guerra, de los sedicentes Estados separados; formaron un tratado formal de alianza temporal con los sedicentes Estados confederados y enviaron miembros de su congreso á Montgomery, y, finalmente, permitieron que el gobierno insurgente se trasladase á su capitolio en Richmond.

Así, pues, los habitantes de Virginia han permitido que esta grande insurreccion se anide dentro de sus límites, y este gobierno no ha tenido otra alternativa sino luchar con ella donde quiera que la encuentre, y tiene menos que sentir, por cuanto los ciudadanos leales han pedido en debida forma su proteccion. El gobierno está obligado á reconocer y proteger á esos ciudadanos leales que se hallan en Virginia. En los sedicentes Estados limítrofes, ó sean Estados centrales de hecho, hay algunos en favor de una política que ellos llaman neutralidad armada, esto es, el armamento de esos Estados para impedir que las fuerzas de la union pasen en una direccion, y las de la desunion en otra por su territorio. Esto seria completar la desunion.

Hablando en sentido figurado, seria construir una muralla inaccesible á lo largo de la línea de separacion, y todavia no seria inaccesible del todo, porque so capa de neutralidad ataria las manos de los unionistas y enviaria libremente por en medio de ellos continuos socorros á los insurgentes, lo que no podría hacerse, á menos que un enemigo declarado quisiese quitar de un solo golpe todo el trabajo á la separacion, exceptuando únicamente lo que procede del bloqueo exterior.

Haria en favor de los desunionistas la cosa que más desean, alimentarlos bien y darles desunion sin tener que luchar por cuenta propia. No reconoce fidelidad á la constitucion, ni obligacion de conservar la union; y aun cuando muchos que la han favorecido son, á no dudarlo, ciudadanos leales, no por eso son menos perniciosos sus efectos.

El primer llamamiento que se hizo fué de 75,000 milicianos, é inmediatamente despues se expidió una proclama para cerrar los puertos de los distritos insurgentes por medio de un bloqueo. Hasta aquí todo era estrictamente legal.

Al llegar á este punto, los insurgentes anunciaron su intencion de recurrir á la práctica del corso.

Hiciéronse otros llamamientos de voluntarios para servir por espacio de tres años, á menos de licenciarnos antes, y así mismo para aumentar considerable-

mente el ejército y la marina regulares. Estas medidas, ya fuesen ó no estrictamente legales, estaban basadas en lo que al parecer era una exigencia popular y una necesidad pública, confiando, entonces como ahora, que el Congreso las ratificaría muy luego.

Créese que nada se ha hecho que no esté en la jurisdicción constitucional del Congreso.

Poco después del primer llamamiento de tropas, se consideró un deber el de autorizar al comandante general para que en casos determinados, y con arreglo á su buen juicio, suspendiese el privilegio del auto de *habeas corpus*, ó en otras palabras, para que arrestase y detuviese, sin acudir á los métodos ordinarios y á las fórmulas legales, aquellos individuos que considerase peligrosos para la seguridad pública. Esta autoridad se ha ejercido de intento, pero muy pocas veces. Sin embargo, hoy se objeta la legalidad y validez de lo que se ha hecho con arreglo á ella, y se ha llamado la atención del país hacia la proposición de que quien ha jurado cuidar que se ejecuten fielmente las leyes no debe violarlas. Naturalmente se prestó alguna consideración á las cuestiones de autoridad y propiedad, antes de emplearlas, máxime cuando al conjunto de leyes cuya fiel ejecución se exigía, se oponía fuerte resistencia y habían dejado de ejecutarse en casi la tercera parte de los Estados. Debía, pues, renunciarse completamente á su ejecución, aún cuando hubiera sido perfectamente claro, que para emplear los medios necesarios para ejecutarla, sería preciso violar muy limitadamente una ley aislada hecha con ese extremo miramiento por la libertad de los ciudadanos, que en la práctica es más favorable para el culpable que para el inocente?

Para plantear la cuestión más directamente, ¿deben quedar sin ejecución todas las leyes, excepto una, y debe dejarse que el gobierno se haga pedazos antes que violarla? Aún en tal caso, ¿no se quebrantaría el juramento oficial, si el gobierno quedaba aniquilado, por la supresión de la misma ley que propendía á conservarlo? Pero no se creía que se presentase esa cuestión, ni que se violaba ninguna ley. La cláusula de la constitución de que el privilegio del auto de *habeas corpus* no puede suspenderse sino cuando en caso de rebelión ó invasión lo exija la seguridad pública, equivale á disponer que dicho privilegio puede suspenderse, cuando en caso de rebelión ó invasión lo exige la seguridad pública.

Se convino en que tenemos un caso de rebelión y que la seguridad pública exige la suspensión calificada del privilegio del auto, y por eso se autorizó. Ahora se insiste en que el Congreso y no el Ejecutivo, es el que está investido con ese poder. Pero la misma constitución nada dice con respecto á quién ó á lo qué ha de ejercer ese poder, y como la disposición se hizo terminantemente para una eventualidad peligrosa, no es creíble que los que redactaron el instrumento tratasen de que el peligro siguiese su curso hasta que el Congreso se reuniese, cuando la reunión podía muy bien ser impedida por la rebelión, como se trataba en el caso presente. No se hará

más extenso este argumento, por cuanto el Procurador General presentará probablemente una opinión más circunstanciada. Si debe de haber alguna legislación sobre el particular, y cual haya de ser esta, se somete enteramente al mejor juicio del Congreso.

Tan extraordinaria y tan continua ha sido la paciencia de este gobierno, que algunas naciones extranjeras han arreglado su conducta, como si supiesen que era probable la temprana destrucción de nuestra unión nacional. Si este descubrimiento causó alguna inquietud al Ejecutivo, ahora tiene la satisfacción de decir que las potencias extranjeras respetan hoy prácticamente en todas partes la soberanía y los derechos de los Estados-Unidos, y que en todo el globo se ha manifestado una simpatía general hacia este país.

Los informes de los ministros de Hacienda, Guerra y Marina darán todos los pormenores que se han considerado necesarios y convenientes para vuestra deliberación y acción, mientras que el ejecutivo y todos los ministerios estarán prontos para reparar las omisiones y comunicar los hechos que consideréis importante conocer.

Se recomienda ahora que proporcionéis los medios legales, para que la lucha sea tan corta como decisiva: que pongáis á disposición del gobierno, para llevar á cabo la obra, lo menos 400,000 hombres y 400.000,000; este número de hombres es la décima parte de los que tienen la edad de ley en las regiones en donde, al parecer, todos quieren empeñarse, y la suma es menos de la vigésima tercera parte del valor monetario que poseen los que parecen dispuestos á sacrificar el todo. Una deuda de seiscientos millones de pesos representa ahora menos por cabeza que lo que representaba la deuda de nuestra revolución, cuando dimos cima á aquella lucha, y el valor monetario del país tiene aun mayor proporción que entonces, comparado con la población. Y seguramente cada cual tiene hoy tan poderosas razones para conservar nuestras libertades, como las tuvo entonces para establecerlas.

Un buen resultado ahora valdrá más para el mundo que diez veces los hombres y otras diez el dinero pedidos.

Las evidencias que nos llegan del país, no dejan duda de que el material para la obra es abundante, y que solo necesita que la mano de la legislación le dé la sanción legal, y que la mano del Ejecutivo le dé la forma y eficacia prácticas. Uno de los mayores embarazos del gobierno es impedir la recepción de tropas, antes de tener los medios de proveerlas: en una palabra, el pueblo salvará á su gobierno, si este ejecuta su parte solo medianamente bien. Podría parecer á primera vista que importaba muy poco dar al presente movimiento del Sur el nombre de separación ó de rebelión, pero los promotores comprendieron bien la diferencia. Al principio conocieron que nunca podrían elevar su traición á una magnitud respetable con ningún nombre que implicase violación de la ley: y conocieron que su pueblo poseía tanto sentimiento moral, tanto amor á las leyes y al

orden, y tanto orgullo en su veneracion á la historia y al gobierno de su país, como cualquier otro pueblo civilizado y patriótico. Conocieron que no podían penetrar directamente en el corazón de esos poderosos y nobles sentimientos, y en su consecuencia, principiaron por corromper insidiosamente las ideas del pueblo. Inventaron un sofisma ingenioso y que, si fuese aceptado, ocasionaria una serie de hechos perfectamente lógicos, que darian por resultado la completa destruccion de la Union. Segun este sofisma, cualquier Estado de la Union puede, sin infringir la Constitucion, y por consiguiente legal y pacíficamente, separarse de la Union, sin el consentimiento de ésta ni de ninguno de los Estados que la forman.

La pequeña ficcion de que solo por justa causa se hará uso del supuesto derecho—siendo ellos mismos los únicos jueces de su justicia—es tan fútil que no merece ser mencionada al hablar de la rebelion; de esta manera, han estado embaucando por más de treinta años á la gente de aquella seccion del país con palabras almibaradas, hasta que al fin han inducido á muchos ciudadanos honrados á tomar las armas contra el gobierno, al siguiente día de haber representado una asamblea de hombres la farsa de retirar de la Union á su respectivo Estado, cosa que no hubieran logrado el día antes. Deriva este sofisma gran parte, ó quizá toda su voga, de la suposicion de que cada uno de los Estados de nuestra Union federal tiene cierta supremacia omnipotente y sagrada.

Los Estados no tienen ni más ni menos poder que el que les reserva la Constitucion en la Union, pues ninguno de ellos fué nunca Estado fuera de la Union. Los primitivos entraron en ella aun antes de haberse sustraído á la independencia colonial, y los nuevos al abandonar su condicion dependiente, con la escepcion de Tejas, y ni este mismo llegó nunca á ser designado como Estado durante su independencia temporal.

Los nuevos no tomaron el calificado de Estados, sino al entrar en la Union, mientras que, por primera vez, se adoptó ese nombre para los antiguos en el acta de declaracion de independencia, la cual declaró que las colonias unidas eran Estados *libres é independientes*. Pero ni aun se tuvo en mira el declarar que eran independientes unos de otros, sino precisamente todo lo contrario, como evidentemente lo demuestran sus promesas mútuas y su recíproco proceder, ántes, en aquel mismo tiempo y después. El compromiso expreso que dos años mas tarde contrajeron por medio de los artículos de la Confederacion todos y cada uno de los trece Estados primitivos, en cuanto á que la Union debia ser perpétua, no es concluyente; no habiendo habido nunca Estados ni en sustancia ni en nombre fuera de la Union, ¿de dónde viene esa mágica omnipotencia de derechos de Estado, con poder para destruir la misma Union?

Mucho se habla de soberanía de los Estados, pero ni la palabra está mencionada siquiera en la Constitucion nacional, ni, segun se cree, en ninguna de las constituciones de Estado. ¿Qué es una soberanía en la

acepcion política del término? ¿Seria muy equivocada la definicion de que es una asociacion política sin un superior político? A ser así, ninguno de nuestros Estados, con excepcion de Tejas, ha sido soberanía; y hasta Tejas abdicó su calidad de tal al entrar en la Union, con lo cual reconoció la Constitucion y las leyes y los tratados de los Estados-Unidos, hechos en nombre de Estados que tienen sus *status* en la Union, y de la Constitucion que debia ser para él la ley suprema. Los Estados tienen su *status* en la Union, y no tienen otro *status* legal. Desde el momento en que se aparten de esto, violan la ley y están en revolucion.

La Union, y no los Estados, obtuvo su independencia y su libertad por conquista ó compra: la Union dió á cada uno de ellos cuanta libertad é independencia disfruta. La Union es mas antigua que todos los Estados, y fué verdaderamente quien primero les dió el nombre de tales. Algunas colonias dependientes hicieron la Union, y esta á su vez sacudió para ellos el yugo de la dependencia y los hizo Estados, tales como hoy son. Ninguno de ellos tuvo nunca una constitucion de Estado independiente de la Union. No se ha olvidado, por supuesto, que todos los nuevos Estados formaron sus constituciones antes de entrar en la Union, con la mira, sin embargo, de entrar en ella y como para prepararse al efecto. Es indudable que los Estados tienen el poder y los derechos que se les reserva en la Constitucion nacional; pero ciertamente no están comprendidos en estos todos los poderes imaginables, por perjudiciales ó destructores que sean, sino á lo sumo los que al hacerse la constitucion se reconocian en el mundo como poderes gubernativos; ahora bien, nunca se ha conocido como poder gubernativo, ni siquiera como mero poder administrativo, el de destruir el gobierno mismo.

Esta cuestion relativa de poder nacional y derechos de Estado, como principio, no es más que el principio de generalidad y localidad: todo lo que concierne al todo debiera depender exclusivamente de todo el gobierno federal: mientras que lo que solo concierne al Estado, debe dejarse exclusivamente al mismo. A esto queda reducido todo el principio original. No hay cuestion sobre si la Constitucion nacional, al demarcar los límites entre ambos, aplicó el principio con exactitud: su demarcacion nos empeña á todos incuestionablemente. Lo que se combate hoy es la pretension de que la separacion es constitucional, legal y pacífica. No se pretende que hay una ley expresa relativa á ella, y nunca debiera considerarse como ley cosa alguna capaz de producir consecuencias absurdas ó injustas.

Puede muy bien dudarse hoy que haya en ningun Estado, con escepcion acaso de la Carolina del Sur, una mayoría de votantes calificados en favor de la desunion, y sobran razones para creer que los unionistas están en mayoría en los demás sedicentes Estados separados; por lo menos no se ha demostrado lo contrario en ninguno de ellos. Esto podria decirse hasta de Virginia y Tennessee, porque el resultado de

una eleccion celebrada en campamentos militares, con todas las bayonetas en manos de un partido, apenas puede ser considerado como expresion del sentimiento popular. En semejante eleccion se obliga á votar contra la union á la gran masa de ciudadanos que está en favor de ella y contra la coercion.

Puede afirmarse sin exageracion, que las instituciones libres que disfrutamos han desarrollado las facultades y mejorado la condicion de todo nuestro pueblo de una manera sin ejemplo en el mundo. Viéndolo estamos ahora patentemente. Jamás se habia visto un ejército, exclusivamente compuesto de voluntarios, tan grande como el que tiene hoy en pié este gobierno. Más aun, hay muchos regimientos cuyos miembros poseen completo conocimiento práctico de todas las artes, ciencias, profesiones y cuantas cosas útiles ó elegantes se conocen en el mundo, y apenas hay uno del cual no pudiera escojerse un presidente, un gabinete, un congreso y quizá un tribunal competente para administrar el mismo gobierno.

No pretendo decir que no sea esto cierto, tambien, respecto del ejército de los que fueron nuestros amigos y ahora son nuestros adversarios. Pero esta es una razon poderosa para no destruir un gobierno que tales beneficios ha dispensado, lo mismo á ellos que á nosotros. Si algun individuo, de cualquiera seccion del país, se propone abandonar tal gobierno, hará bien en considerar con respecto á qué principio lo hace. ¿Qué mejor gobierno puede sustituirse á este? ¿Dará ó se interesará en dar al pueblo tantos beneficios el gobierno que elija? Hay algunos presagios en este asunto. Nuestros adversarios han adoptado algunas declaraciones de independencia, en las cuales, á diferencia de la excelente que escribió Jefferson, omiten las palabras «todos los hombres nacen iguales». ¿Por qué? Ellos han adoptado temporalmente una constitucion nacional, en cuyo preámbulo, á diferencia del de nuestra buena y antigua constitucion, firmada por Washington, han omitido «nosotros, el Pueblo» y han sustituido estas palabras con las de «nosotros, los diputados de los Estados soberanos é independientes». ¿Por qué lo han hecho así? ¿Por qué despreciar así deliberadamente los derechos de los hombres y la autoridad del pueblo? Esta es esencialmente una contienda popular. Por parte de la union, es un esfuerzo para conservar aquella forma y sustancia de gobierno, cuyo principal objeto es elevar la condicion del hombre, para que pueda soportar en sus hombros toda clase de pesos artificiales; para abrir el camino á empresas laudables y proporcionar á todos una via espedita y probabilidades de buen éxito en el combate de la vida, cediendo algunas veces á la fuerza de las circunstancias.

Tal es el principal objeto del gobierno por cuya existencia combatimos. Me complazco en creer que el pueblo llano lo comprende y aprecia así. Es digno de notarse que en esta hora de prueba para el gobierno, gran número de personas que habian sido favorecidas con empleos en la marina y el ejército, han

hecho renuncia de ellos, dando así una prueba de ingratitud á quien los habia elevado.

Ningun soldado raso ó simple marinero ha desertado su bandera. Honorífica mencion merecen aquellos oficiales que permanecieron fieles, á pesar del ejemplo de sus traidores compañeros; pero el mayor bonor y el hecho mas importante de todos, es la unánime firmeza de los soldados rasos y de los simples marineros. Por lo que se sabe, hasta el último hombre se ha resistido con el mejor éxito á los traidores esfuerzos de aquellos cuyas órdenes obedecia una hora antes como leyes absolutas. Este es el instinto patriótico del pueblo llano. Comprende sin argumentar que el destruir el gobierno formado por Washington, nada bueno puede traerle. Nuestro gobierno popular ha sido calificado con frecuencia de experimento. Nuestro pueblo ha conseguido dos cosas importantes; una establecerlo, y otra administrarlo felizmente. Fáltale ahora salvarlo de esta formidable tentativa intestina para derrocarlo. Ahora le corresponde demostrar al universo que los que pueden ganar honradamente una eleccion, pueden tambien sofocar una rebelion; que las urnas electorales son los sucesores legítimos y pacíficos de las balas, y que cuando las primeras han decidido honrada y constitucionalmente, no se puede apelar con buen éxito á las segundas; que en las elecciones sucesivas no se puede apelar con buen éxito sino á aquellas; esta será una gran leccion de paz, y enseñará á los hombres que lo que no pueden conseguir por una eleccion, tampoco lo conseguirán por la guerra, y á todos cuánta locura es principiarla.

La nacion compró con su dinero el territorio de que se han formado varios de esos Estados. ¿Es justo que estos se separen sin permiso y sin pagar? La nacion pagó gruesas sumas, cerca de 100 millones de duros; á lo que creo, para libertar á Florida de las tribus aborígenes. ¿Es justo que Florida se separe hoy sin consentimiento y sin hacer la previa indemnizacion? La nacion está debiendo hoy sumas de dinero gastadas en beneficio de los llamados Estados separados, en comun con los demás. ¿Es justo dejar de pagar á los acreedores, ó hacer que todo lo paguen los Estados restantes? Una parte de la actual deuda nacional procede de los desembolsos que se hicieron para pagar antiguas deudas de Tejas. ¿Es justo que Tejas se separe y deje de pagar una parte de estas sumas? Además, si un Estado puede separarse, lo mismo puede hacerlo otro, y cuando todos se hayan separado, no quedará ninguno para pagar las deudas. ¿Es esto justo, respecto de los acreedores? ¿Notificámosles acaso esta nuestra sabia opinion cuando les pedimos prestado su dinero? Si reconocemos esta doctrina, permitiendo que los que quieran separarse lo hagan en paz, difícil es ver lo que podremos hacer en el caso de que se les antoje á otros separarse, ó imponer condiciones para permanecer en la Union.

Los separatistas insisten en que nuestra constitucion admite el derecho de separacion. Han pretendido hacer una constitucion nacional para su uso exclusivo, y en la cual necesariamente han desconocido el de-

recho de separacion, ó reconociéndolo tal como insisten en decir que existe en la nuestra. Si lo primero, admiten así que, en principio, no debiera existir en la nuestra; si lo segundo, es decir, si lo han conservado por su manera de interpretar la nuestra, prueba esto que para ser consistentes deben separarse unos de otros cuando les parezca, que con hacerlo podrán saldar sus cuentas más fácilmente que de otra manera alguna, ó lograr algun otro objeto injusto ó de propia conveniencia. Este principio es en sí mismo un principio de desintegracion, sobre el cual no puede basarse ningun gobierno. Si todos los Estados, menos uno, reclamasen el poder de espeler á ese uno de la Union, de presumir es que todos los politicastros separatistas negarian al punto ese poder y considerarian el acto como el mayor ultraje que pudiera hacerse á los derechos de Estado. Pero suponed que en vez de calificarse ese mismo acto de espulsion de un Estado fuese calificado de segregacion de todos los demás Estados, seria precisamente lo que los separatistas pretenden hacer, á no ser que quieran que un Estado, por el hecho de constituir minoria, tiene derecho para hacer lo que los demás Estados, por constituir mayoría, no pueden hacer. Estos politicastros son útiles y profundos en lo tocante á los derechos de las minorías. No son parciales del poder que hizo la constitucion, y que en el preámbulo se llama á sí mismo «nosotros, el pueblo.»

A fin de que á algunas personas cándidas no les inquiete la idea de cual será la conducta que el gobierno intenta seguir con los Estados del Sur, sofocada que sea la rebelion, el Ejecutivo cree conveniente decir que su objeto será entonces como siempre guiarse por la Constitucion y las leyes, y que probablemente no dará diferente sentido á las facultades y deberes del gobierno federal, relativamente á los derechos de los Estados y del pueblo bajo la Constitucion, que el que expresó en su discurso inaugural. Desea conservar el gobierno para que pueda ser administrado por todos, como lo admitieron los que lo hicieron. Los ciudadanos leales tienen en todas partes el derecho de exigir esto de su gobierno, y el gobierno no tiene derecho para impedirlo ó descuidarlo. Ni puede decirse que con concederlo recurre á la coercion, la conquista ó la subyugacion, en ninguna acepcion justa del término. La Constitucion contiene una cláusula, aceptada por todos los Estados, segun la cual los Estados-Unidos garantizarán á cada Estado en la Union la forma de gobierno republicano; pero si un Estado puede separarse legalmente de la Union, tambien podrá despues cambiar la forma de su gobierno. Así, pues, el impedir la separacion de un Estado es un medio indispensable para salvar la garantía mencionada, y siempre que un fin es legal y obligatorio, los medios para lograrlo son tambien legales y obligatorios.

Con el más profundo pesar se vió obligado el Ejecutivo á recurrir al deber de hacer la guerra en defensa del gobierno cuya existencia dependia exclusivamente del cumplimiento de este deber. Ninguna clase de transacciones propuestas por los servidores

públicos podia ser eficaz en este caso; no porque dejen de ser algunas veces convenientes las transacciones, sino porque ningun gobierno popular puede sobrevivir por mucho tiempo, si deja establecer el precedente de que los que triunfan en una eleccion no pueden impedir la inmediata destruccion del gobierno sino sacrificando el principal principio por que votó el pueblo. El pueblo mismo, y no los que le sirven, es el que puede anular sus propias resoluciones.

En su calidad de ciudadano particular, el Ejecutivo no podia consentir en que pereciesen estas instituciones, y mucho menos en hacer traicion al pueblo libre que le habia confiado una mision tan grande como sagrada. Sintió que no tenia el derecho moral de retroceder, ni aún siquiera de pensar en los peligros que podria correr su vida en lo que sucederia.

Estimando debidamente su gran responsabilidad, ha hecho hasta ahora cuanto ha creído de su deber; vosotros cumplireis ahora el vuestro segun lo creais conveniente. El Presidente desea sinceramente que vuestra opinion y las medidas que dictéis armonicen con su propia opinion, de manera que todos los ciudadanos fieles cuyos derechos han sido atacados puedan contar con que pronto los tendrán garantizados de nuevo por la Constitucion y las leyes; y habiendo expuesto así nuestra causa, sin dolo y con nobles miras, renovemos nuestra confianza en Dios y sigamos adelante sin temor y con alentado corazon.

ABRAHAM LINCOLN.

Ciudad de Washington, á 4 de julio, de 1861.

EL BALSAMO DE LAS PENAS,

NOVELA ORIGINAL

por Doña Angela Grassi.

—¡Soy tan feo! balbuceó cándidamente Claudio. Oigo zumbiar en mis oídos tantas risas mofadoras... En verdad que mi aparicion en el baile ha dado golpe como suele decirse... Yo ya sabia que era feo; pero no en tanto grado... Además, no estoy bien vestido... permitid que me retire... Genoveva le retuvo dulcemente.

—¡Qué importa ese mundo que os rechaza porque ignora vuestro nombre, y advierte que vuestro frac no está hecho con arreglo al último figurín? En vez de irritaros, despreciadle como merece por su frívola ligereza. Temámos el juicio del mundo cuando vá á juzgar nuestras acciones: riámonos de él cuando, como un imberbe niño, fija solo su atencion en los relumbrones de nuestro atavío.

Hay en el fondo del corazon de la mujer una necesidad tal de abnegacion, se siente tan feliz, ella, que es débil de poder proteger á algun otro sér más débil aún, que no retrocede ni aun ante los mayores sacrificios.

Por esto las madres quieren tanto más á sus hijos, cuanto son más débiles y delicados; por esto las mujeres son los ángeles de consuelo de los pobres y los afligidos, y Genoveva era mujer en toda la estension de la palabra.

Eugenio habia intentado en vano abrirse paso hasta ella, Cuando pudo conseguirlo, la dijo con acento de reproche,

—¿Por qué me dejais así?

—¿Qué os importa mi compañía, si hay tantas que os desean? respondió Genoveva riendo. Claudio no conoce á nadie, y es justo que me ocupe de él.

Eugenio era bueno en el fondo. Comprendió la verdad de la lección que encerraban estas palabras, y en el resto de la noche se ocupó exclusivamente de su nuevo amigo.

Llevóle á la sala en donde se jugaba al tresillo.

Mendoza, Gámbara y la señora tomaban parte en un mismo juego.

Había otras cuatro ó cinco mesas, rodeadas de jugadores.

Allí la alegría no era tan franca y bulliciosa como en el salón de baile: era una alegría forzada, una alegría urbana, por decirlo así, que encubría mal la impaciencia y la ansiedad.

La señora perdía, y en un acceso de mal humor, tiró las cartas sobre la mesa.

—¡Jugad solos! dijo con tono desabrido. Esta noche me persigue en todo la suerte!

—¡Ay, que descubres la hilaza! dijo Eugenio riendo, al oído de su amigo.

—Vamos, amiga mía, exclamó Mendoza con tono conciliador, prosigamos el juego. No os irriteis demasiado contra la suerte. La suerte es mujer, y por lo tanto caprichosa. Cándida se puso encendida de cólera.

—¡D. Gerónimo! gritó fuera de sí, ¡cuidado con insultarme!

—¡Eh, eh! dijo el notario interviniendo. La mujer es apasionada de lo bello: lo más nuevo es lo más bello, y no es extraño que cambie de opinión; y creyendo haber dicho una agudeza, la acompañó con una risita prolongada.

Cándida no entendía de retóricas, é hizo ademán de levantarse de la mesa.

—A propósito, dijo apresuradamente Mendoza, que sabía el verdadero modo de aplacar á la vetusta beldad; en la rifa que han hecho las señoras de la beneficencia, nos han tocado dos premios, dos magníficos cortes de vestido, y mi hija os ruega que aceptéis el mas hermoso.

Cándida golpeó cariñosamente con el abanico los dedos del banquero, volvió á sentarse, y cogió las cartas con aire satisfecho.

—¡Piadosa institucion! exclamó Gámbara con énfasis. ¡Magnífico adelanto de este ilustrado siglo! ¡Yo lo proclamo con orgullo! ¡Yo instituí esa benéfica asociación, de la cual soy secretario! ¡Cuántos desvelos, cuántas horas de trabajo perdidas, y cuántos sacrificios pecuniarios he tenido que hacer para conducirla al brillante estado en que se halla; pero también, ¡qué buenos resultados! ¡Cuántos pobres se ven socorridos! ¡Cuántos enfermos auxiliados! ¡Qué no debe hacerse por el bien de la humanidad?

Un murmullo de aprobación se elevó en derredor de Gámbara, todos le dirigieron aduladoras felicitaciones. Claudio sintió oprimirse el corazón. Él, iniciado en las misteriosas elucubraciones que se efectuaban en el despacho del notario; él, que el día antes había sido desapiadadamente despedido, sin que ni aún le pagase su trabajo; él tenía que asistir en silencio al triunfo de aquel hombre! Comprendió que Gámbara era un traslado del Cartujo de Molière, solo que su máscara estaba acomodada á las exigencias del siglo: la vieja bandera había sido sustituida con otra, cuyo fastuoso lema era el bien de la humanidad.

Comprendió que los hombres de todos los siglos son los mismos hombres en la esencia, á pesar de su aparente adelanto, solo que sus vicios mudan de denominación, y por esto se juzga que han dejado de existir.

No obstante, le pareció que nunca debió haberse elevado á tal grado de perfección el impudente cinismo.

—Nicasio! gritó á este tiempo Eugenio, llamando á un jovencillo que cruzaba la sala.

Este era pequeño, pálido, casi tan feo como Claudio, solo que encubría su fealdad bajo un traje elegantísimo, y se daba cierta importancia con los quevedos, distintivo indispensable de las personas de buena sociedad.

El enanillo se acercó á Eugenio, y le estrechó la mano.

—Nicasio, repuso este, he de deberte un favor; yo sé que eres casi jefe en la redacción de tu periódico; ¿tienes alguna plaza, de la cual puedas disponer?

¡Eh! eh! dijo el jovencillo jugando con los quevedos. ¡Veremos! Si te hubieras dirigido á otro que á mí, hubiera sido negocio imposible; pero... ¡veremos! Si no hay plaza, la crearé para tu protegido.

—¡Tanto, nó! exclamó Eugenio vivamente.

—¡Eso no es nada! repuso Nicasio. El director no hace mas que lo que yo quiero... ¡Como que si yo me retiraba de la redacción, el periódico se quedaria sin un solo suscriptor... ¡Tiempo atrás tuvimos un pequeño altercado; se anunció que mi nombre no figuraria ya en sus columnas; y esto, te aseguro que produjo una verdadera alarma... una verdadera dispersion. Y el director está siempre temblando que le abandone, porque sabe que todos los demás me solicitan, y que periódico del cual yo sea colaborador, tiene su existencia asegurada... Conque ¿quién es tu protegido?

Eugenio le presentó á su amigo.

—Este caballero, dijo Nicasio con risa mofadora.

Luego se puso los lentes, y le pasó una escrupulosa revista.

Claudio bajó los ojos, encendido de vergüenza.

—Bien, bien, repuso el escritor cuando hubo concluido su examen. ¡Veremos!—Le examinaremos... Que vaya mañana á mi casa. Carrera de San Gerónimo, número 7, cuarto bajo. Y adios, que la hermosa Adela me está haciendo gestos de impaciencia. Está loca por mí, pero es tan celosa! Yo no sé como arreglarme para cumplir con todas...

—¡Pero yo la veo muy entretenida hablando con Sanchez!..

—¡Celos! ¡esos son celos! ¡porque me he separado de ella un solo instante! Capaz es de no querer ya bailar conmigo en toda la noche; ¡pero es porque está furiosa! Adios, no concitemos mas su enojo.

Estrechó la mano á Eugenio, hizo un impertinente saludo á Claudio, y se alejó...

Claudio había dejado caer la cabeza sobre el pecho, y guardaba un profundo silencio.

—¡Estais triste! le preguntó Eugenio con tono cariñoso.

—¡Oh, sí! repuso el jóven en voz baja; no estoy bien aquí! todo me hiere, todo me lastima... ¡Benditas sean mis veladas al lado de mi familia, que me ama! Benditos sean mis paseos por el campo, en donde todo respira amor!..

—Ya os acostumbrareis á la sociedad, dijo Eugenio; es un veneno, al cual es preciso acostumbrarse poco á poco, porque repugna al principio; pero luego se convierte en un néctar seductor.

—¡Tal vez!.. respondió el jóven meneando la cabeza con aire de duda.

Cándida había dejado el juego, y había venido á colocarse al lado de Claudio, cuando otra señora que se marchaba, vino á despedirse de ella.

—Sentáos un solo instante, dijo Cándida; dejad que vuestras hijas bailen el último vals. ¡Son las más lindas que hay en el salón!

La madre se paboneó con orgullo.

—Todas las demás son feas, y lo que es peor, locas; pro-siguió Cándida; ¡ya se vé, qué han de hacer en tal escuela!... ¡Mirad todas las madres qué ridículas, pero al mismo tiempo qué coquetas! ¡Cómo procuran atraer á los muchachos... cómo buscan sus atenciones!... Esta está separada de su marido, aquella tiene tres maridos á la vez, y la otra, que parece una santa, es peor que todas!... ¡oh! lo sé muy bien, lo sé por mi modista... que es la que me cuenta todos los pequeños misterios de esas damas!... ¡Con qué gracia bailan vuestras hijas!... qué parece á su lado Genoveva! tan seria, tan sin accion!... tiene muy mal gusto esa niña! Un vestido azul celeste con flores blancas... y aún esto por mil!... Sino fuera por mis cuidados!... Porque yo he tenido que hacerla de madre... su padre nó se cuida de nada... hasta tengo que escogerla los maestros!... todo lo que sabe me lo debe!... Nadie puede imaginarse cuánto me he sacrificado por ella... y no me lo agradece, nó!... Es soberbia, indolente... caprichosa... No, pues si su padre supiese lo que yo sé... Os lo confío á vos, porque sois una buena amiga!... Todas las noches sale con la doncella, á pesar de las representaciones de su aya, que es una santa mujer, como que yo la coloqué á su lado! ¡Adónde vá? ya podeis figuraros que no será á nada bueno!... Deseando estoy que se case; pero ella no tiene prisa, porque se le acabaria la libertad. Y hé aquí perdidos mis afanes!... Vos direis por qué me los tomo; ¡ay amiga! porque soy muy buena, demasiado buena, porque he cobrado afecto á esa muchacha, y el afecto que la profeso puede más que los desengaños que me dá todos los dias con la perversidad de su alma, con su carácter altivo y desabrido!... Yo ya le digo á su padre que es preciso tomar una medida; pero su padre es un bendito, y la deja hacer cuanto la agrada.

Claudio se levantó. Se sentía verdaderamente malo.

Pretestó que era tarde, y Eugenio, que mas distante, nada habia oido de la anterior conversacion, le acompañó hasta la puerta.

Cuando Claudio llegó á su casa tenia calentura, y nó pudo conciliar el sueño en toda la noche. Al dia siguiente estuvo más pálido que de costumbre, y solo acertaba á contestar con monosílabos á las reiteradas preguntas de su familia. ¡Ay! que su alma era demasiado pura, para asistir con indiferencia á la cinica comedia que se representa en el mundo!

III.

A las diez, Claudio se dirigió á casa del escritor. Mucho le repugnaba esta visita; pero su madre le habia dicho que á veces los pequeños medios producen grandes resultados, y que no se debía despreciar una miserable semilla, porque con el tiempo puede dar vistosas flores.

Pero hacia un enorme sacrificio... aquella nueva sociedad le hastiaba, sin duda, porque como dijo Eugenio, no estaba acostumbrado á ella. Llevaba algunos artículos debajo del brazo: artículos escritos con conciencia, tras largas y penosas meditaciones, y que rebotaban de erudicion y génio.

Llegó á la casa. A medida que se acercaba á ella, sentia que se multiplicaban las tumultuosas palpitaciones del corazón, y que los colores de la vergüenza le encendian el rostro.

La casa del escritor era una magnífica casa. Gran portal, escalera de mármol, puertas pintadas al óleo.

Claudio tiró con mano trémula de la campanilla, anticipándose á la accion de otro caballero que habia subido con él.

Un criado salió á abrir, é hizo una profunda cortesía á los recién llegados.

—El amo no está en Madrid, dijo con una sonrisa. Ha marchado esta mañana á Aranjuez, llamado por S. M. la reina.

—Hablemos claros, respondió el caballero con voz de trueno. Ya estoy harto de ir y venir. Decidle, si está en casa, que si está, que si no me paga al instante, le hago arrojar los muebles por la ventana!

—¡Caballero! os equivocais, dijo el criado sin dejar de sonreirse: el amo no está; pero cuando venga le haré presentes vuestros recuerdos.

—¡Qué recuerdos, ni qué!.. exclamó su interlocutor encogiéndose de hombros; tan bribon es el criado como el amo! ¡Pero á bien que yo veré al juez de paz, y sabré alcanzar justicia!

Y bajó refunfuñando la escalera.

—¿Qué se ofrece? dijo el criado con su eterna sonrisa, dirigiéndose á Claudio.

—Quería ver á vuestro amo; pero si se halla ausente...

—¿Tendrais la bondad de decirme vuestro nombre?

—Claudio Martinez.

El criado abrió las dos hojas de la puerta, y le invitó á que pasara adelante.

El interior de aquella habitacion correspondia en magnificencia á su exterior. Muebles preciosos, ricos cortinajes, alfombras, cuadros y espejos, nada faltaba de cuanto puede imaginar el gusto mas esquisito. Claudio creia soñar.

En uno de los salones habia una jóven tocando el piano. Era una deidad, ó al menos lo parecia, en medio de aquella magnificencia, y protegida por una semi-oscuridad voluptuosa.

Claudio balbuceó un saludo. La jóven le miró fijamente, contuvo una risita y volvió á tocar.

—¿Es esposa de vuestro amo? preguntó Claudio al criado, así que estuvieron lejos.

—No, señor, dijo este riendo, nada de eso. Es una figuranta de la ópera, muy graciosa á fe mia, que vive temporalmente con nosotros.

Hablando de este modo, abrió una mampara, y Claudio se encontró en presencia del escritor.

Este estaba envuelto en una bata, y muellemente tendido en un divan fumaba en pipa, divirtiéndose en ver disiparse en el aire las nubecillas de humo.

—¡Ah! ¡sois el recomendado de Salazar...! dijo despues de haberse puesto los quevedos, para inspeccionar mejor al pobre Claudio. Desgraciadamente estoy de esplin.... pero quiero mucho á Salazar, haré lo que pueda...! ¡Traeis los manuscritos!... veamos... acercad una silla... leed.

Claudio obedeció, y se puso á leer con voz temblorosa su mejor artículo.

Nicasio bostezaba, y de vez en cuando movia la cabeza con aire descontento.

—¿Qué farrago de erudicion dijo al fin, sin poder contenerse. ¿Cuántos apuntes habeis tomado para escribir este artículo?

—¡Muchos! balbuceó Claudio tímidamente.

—¡Malo! ¡malo! ¿quién quereis que se rompa la cabeza en seguiros al través de vuestras citas históricas y científicas? En el tiempo del vapor, es preciso escribir á la ligera... no hay tiempo ni paciencia para profundizar las cosas... Vamos á otro género...

El segundo artículo era filosófico-religioso, y estaba escrito con union y ternura...

El escritor no pudo llegar al tercer párrafo.

—¿Pero dónde vais á buscar esos sentimientos, esas pasiones, esos tipos?... No veis que el lector se burlará de vos,

porque no podrá reconocerlos ni en sí mismo, ni en ninguno de cuantos le rodean?

Esto pertenece al tiempo de Santa Teresa de Jesús, sobrepaja en misticismo á todos los padres de la iglesia...

—Yo me reformaré, dijo Claudio avergonzado...

—Bien, bien, algo difícil será... pero en fin, quiero servir á Eugenio, seré vuestro maestro!... Veamos... ahí teneis pluma y papel... escribid un artículo, rebatiendo una por una todas las ideas que habeis manifestado en este.

—¡Cómo!...

—¡Que hagais la contra á ese artículo!

—¡No comprendo... esas son mis ideas!...

Nicasio se echó á reír.

—¡Dónde diablos habeis estado metido, le dijo; un escritor público no tiene ideas!... Defiende las que le convienen!

—Pero, ¿y su conciencia?

—¡Bah! ¿hay alguien ya en la ilustracion de este siglo que sepa lo que es conciencia?...

Las mejillas de Claudio se tiñeron de carmín, y sus ojos arrojaron rayos de noble cólera.

—No quiero ser escritor, dijo con entereza, rasgando el manuscrito que tenia en las manos.

Luego, haciendo un profundo saludo á Nicasio, se dirigió á la puerta.

Por mas que se diga, dulce Luisa, lo bueno siempre es bueno. Por mas que esté metido entre cieno, el diamante siempre brilla y cautiva las miradas. El noble arranque de Claudio despertó cuanto habia de noble y digno en el alma del escritor. Enrojeciéronse sus mejillas, y espermentó un amargo sentimiento de que aquel hombre de bien se alejase despreciándole. A Nicasio no le faltaba talento ni corazon, le faltaba moralidad: todos sus vicios eran resultados de su firme propósito de obrar el mal, creyéndole el único infalible medio de medrar. Pero no quiso que Claudio le tuviese en menos de lo que realmente valia, y se apresuró á justificarse.

—Oid, dijo, medio levantándose de su asiento, sentaos á mi lado y oidme. No quiero que me juzgueis mal, y que os lleveis de aquí un penoso recuerdo á esa multitud, igual á mí; no me incomodo en manifestarla el móvil de mis acciones, pero ya que he hallado á un jóven digno, quiero defenderme á sus ojos en cuanto pueda. Yo soy pobre, y necesito hacer fortuna. El camino es el que sigo, los medios son los que empleo; si yo no lo hiciese, lo harian otros por mí, y nada ganaria el país ni la sociedad en esto. ¿Qué importa que quede en pie una sola piedra, cuando se derrumba un edificio? Tened entendido que yó no soy la escepcion, sino la regla. Hecha esta salvedad que me justifica, os he prometido ser vuestro maestro, y os daré la leccion que mas pueda aprovecharos. Tomadla ó dejadla; pero guardadme vuestro agradecimiento.

El escritor no debe saber nada; para dejar libre en su vuelo á la imaginacion, basta que aprenda las palabras que estén mas en voga, y el catálogo de todos los autores célebres. No debe leer sino escribir; no debe perder el tiempo en meditar, sino hacer. No importa la calidad; lo esencial es la cantidad. Esto, en cuanto á la educacion literaria.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

Bien pronto quedaría terminada nuestra obligacion de narradores, si hubiéramos de concretarnos á los acontecimientos de Madrid en la pasada quin-

cena. Con unas cuantas líneas sobre la salida de la reina para Santander, y algunas otras acerca de la próxima temporada teatral, quedaba terminado el asunto; pero nuestros lectores, si alguno tenemos, exigen mas, y nos vemos en la precision de estender nuestras observaciones.

Pero ¿hasta dónde?

Hé aquí la cuestion.

En medio del verano, cuando todo el mundo nada y se ahoga, cuando ni las artes ni las letras tienen fuerzas para prosperar, crecer y manifestarse pujantes, cuando reposa todo, menos la actividad del sol, que diariamente y sin interrupcion aparece en el horizonte para propinarnos la inoportuna lumbre de sus rayos, en fin, cuando los poetas, sin acordarse de Apolo, maldicen á Febo, distintas representaciones y una sola personificacion mitológica, ¿qué ha de ocurrir en el mundo digno de contarse?

Y sin embargo, ha entrado en Madrid el señor Echenique.

Pocos habrá que ignoren quién es el Sr. Echenique, cobrador de la indemnizacion marroquí, que los marroquíes no han pagado.

Pues dicho señor está ya en Madrid, concluida en Tánger su comision, no por haberse terminado el pago, sino por no haberse continuado, conforme á las estipulaciones.

Tampoco permanece esto de nadie ignorado, de modo que impertinencia es nuestra contárselo de nuevo; pero hay ciertas cosas que por lo gratas no molestan repetidas. La entrada de Echenique y sus talegueros, es un acontecimiento inolvidable, porque en el fondo de los talegos venia encerrada una parte del imperio marroquí, que una espada, ex-amiga de la de Luchana, y treinta mil bayonetas bien templadas no pudieron añadir al territorio español. Los cobradores á las órdenes del Sr. Echenique, se han traído á Tetuan entre los pliegues de sus sacos vacíos de dinero. De modo que el antiguo tesorero central, ha hecho más no cobrando, que el general O'Donnell y su ejército venciendo en Tetuan. Insistimos en la importancia de Echenique en Madrid.

Pero entrar este empleado y largarse el cometa, todo ha sido uno. La cabellera de la célebre estrella desapareció, subiendo al cielo, como las esperanzas de alcanzar un buen gobierno en nuestro país.

El tal cometa se ha marchado tan gentil como se vino, pues ninguno de los curas astronómicos se ha atrevido á bautizarle, por temor de que, andando el tiempo, se le conociese otro nombre y se supiese que habia recibido otras aguas del Jordan.

Tambien se ha marchado la corte acompañando á la reina, que, como tenia proyectado, ha ido á tomar los baños de mar en Santander.

Muchos han sido con este motivo los festejos que han hecho los pueblos del tránsito, y muchos mas son los que, segun las cartas y los periódicos, se hacen en Santander para obsequiar á la familia real. La reina recibe diariamente el baño de ola, en compañía de cuatro doncellas de las mejores familias de aquella ciudad, que la sirven dentro del agua.

Dios haga que prueben á S. M. admirablemente las aguas de la costa cantábrica.

Al propio tiempo que salía de Madrid la corte para Santander, corrian en la villa coronada rumores de trastornos; todos los partidos querian ponerse á salvo de las sospechas que por tal causa se infundieran en los ánimos, y cada cual aconsejaba á sus copartidarios que se abstuviesen de la lucha violenta que se temia.

Como los rumores no tenian fundamento, se quedaron en dicho las esperadas manifestaciones populares, y tras de la consiguiente alarma producida por la estancia de las tropas en sus cuarteles y los alardes ministeriales de los periódicos del gobierno, todo volvió á quedar en su calma acostumbrada.

Coincidió con los temores de revolucion el incendio de la comenzada estacion del ferro-carril del Norte, que ocurrió en la noche del 22. Todos los trabajos de cocheras que habia á punto de terminarse en la montaña del Príncipe Pio, todo el tren real, prevenido para la salida de la reina, y que no sirvió por haber preferido aquella marchar por la carretera, y otros coches y wagones, ardieron en muy pocas horas. Las llamas alumbraban la oscuridad de la noche, como habria dicho Solís el historiador. Desde todas las calles de Madrid se veia el humo inflamado que se elevaba de las maderas en combustion. Por esta causa hubo equivocaciones en los toques de rebato, y confusion grande, hasta que se determinó cuál era el verdadero lugar del siniestro.

Las pérdidas ocasionadas por el fuego ascienden, segun parece, á dos millones y medio; pero el importe de lo destruido se hallaba asegurado en París.

Mas vale así.

No ha sido esta la única desgracia de la quincena. Otras de no escasa consideracion han afligido al vecindario de Madrid, pero como han sido originadas por los malos instintos de algunos seres descarriados del verdadero camino de la virtud, no haremos de ellos otra mencion. Los criminales serán juzgados aquí en la tierra, mientras que ya las víctimas lo habrán sido por el Eterno Juez. Él lleve á unos y otros á su lado.

Templemos algo el rigor de las noticias que anteceden, en las corrientes aguas, ya que no limpias, del Manzanares.

En medio del pátrio rio se han abierto las zanjias acostumbradas, y en ellas, con agua al cuello, se bañan los que no tuvieron gusto, dinero ó espacio para buscar el solaz necesario y el grato consuelo de los calores estivales en aguas mas lejanas, mas claras y saludables.

Y despues de todo, ¿qué más tienen, ni qué disfrutan más los que se zambullen en Deva, San Sebastian, Biarritz, Valencia ó Alicante, que los que se mojan en los baños del Iris, del Abanico ó de Matías? ¿Dá mas placer acaso un chapuzon én el Tajo, el Jarama ó el Henares, que otro de igual índole en los hoyos del Manzanares? Bagnères, Vichy, Caldas, Baden, Soden, Dax, etc., etc., etc., ¿qué son más, en último resultado, que los pozos de nuestro rio?

La fe salva en medicina, tanto casi como en religion. El que al meterse de piés y cabeza en las aguas del arroyo que lame los muros de la corte de España, se hace la completa ilusion de que se está bañando en Santoña, llega hasta á creer que el agua de Manzanares está salada, y que á su frente hay una estension de mil leguas llena del cuarto elemento. Sale, y desde luego asegura que le han probado admirablemente la brisa y las olas del Océano.

Todo es cuestion de conveniencias.

Tampoco faltan poesia y aventuras á los baños del arroyo *aprendiz de rio*.

¿Quién no ha visto por en medio de las esteras y de los ventorrillos de la márjen fluvial, las parejas amorosas, las *bandadas de palomas*, las colecciones de aves raras que revolotean, van y vienen, buscan y hallan, circulan y se acercan á todas partes y en todas direcciones? ¿Quién no ha presenciado las meriendas improvisadas sobre la blanda arena, en las que se despachan soberbios platos de bacalao con tomate, chorizos cocidos, peces del Jarama, callos ó caracoles? ¿Quién no se ha encontrado frente á frente del valenciano porron, lleno de mosto manchego, que al par que devuelve al cuerpo la perdida transpiracion, baña el interior que respetaron las aguas?

Todo esto, que será muy prosáico y muy desagradable para las *distinguidas* bañistas de Alhama y Arechavaleta, de Cestóna y Santa Agueda, tiene sus encantos para los que, más reconocidos y ménos ingratos á los favores del manso rio, buscan en sus ondas poco hondas el refrigerio que han menester.

Si en los baños de moda hay cabalgadas y partidas campestres, en los del Manzanares humilde, hay los paseos en *omnibus* y calesa, el polvo del camino á San Antonio de la Florida, los buñuelos al aire libre y los pimientos fritos. *Suum cuique*.

Sequémonos, y volvamos á Madrid.

Los circos ecuestres continúan.

No hay que decir cómo.

En esta última quincena ningun acróbata, gimnasta, clown, ni *ecuyere* ha tenido percance de consideracion.

Los teatros de verso y zarzuela se preparan.

El Real lo propio.

Bagier está en Milan.

Le acompaña la Sarolta,

Arjona vá contratado á Sevilla.

Delgado tiene el Principe.

Matilde queda en Barcelona.

Romea está sin contrata.

El teatro, á pesar de *El Tanto por ciento*, agoniza.

A propósito:

La corona para Ayala puede ya tener un valor de veinte y dos mil y pico de reales.

Hemos dicho por hoy.

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1861:

Imprenta de la CRONICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de J. M. Rosés, Magdalena, 38, principal.